

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

CONFERENCIA

LEIDA

ANTE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID,

EN LA SESION DEL 5 DE ABRIL DE 1878,

POR SU SECRETARIO

DON FRANCISCO DE P. ARRILLAGA.

SEÑORES:

Los mares han infundido en todos tiempos al hombre cierto fantástico terror, una especie de respetuoso miedo, que no ha dificultado poco su exploración y estudio. El tipo del hombre valeroso por excelencia, el modelo del geógrafo atrevido, el objeto de la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad ha sido siempre, y lo es todavía, el viajero que se lanza á través de los Océanos, con el fin de delinear sus contornos, con el empeño de conocer su extensión y con el propósito de trazar sobre su variable superficie itinerarios y derrotas, siempre azarosas é inseguras. Las tierras más inhospitalarias, las comarcas más insalubres, las montañas más ásperas, los desiertos más yermos, los valles más intrincados, los torrentes, los volcanes, los lugares más salvajes y peligrosos no han infundido nunca el respeto, que causan las soledades inmensas de las dilatadas aguas. La idea de lo terrible, de lo ignoto, de lo fiero, de lo indomable, suele encarnarse en el mar y con

razón sobrada y con justo motivo. No se necesita acudir á las primeras supersticiosas ideas que el hombre tenía de la naturaleza en general, y en especial del líquido elemento, para comprender la gigantesca desproporción que ofrece la grandeza del Océano con la pequeñez del hombre, y la descomunal batalla, que el explorador de los mares traba con las aguas, cuando las surca á través de sus corrientes impetuosísimas, en medio de las más revueltas borrascas, ó cuando se entrega á las profundidades, decidido á arrancar de su tumultuoso seno los secretos maravillosos, tal vez desde el principio de la vida encerrados en el fondo. Basta fijarse en lo enorme de la masa de los mares, que en junto cubren casi las tres cuartas partes del globo con profundidades comparables á las mayores diferencias de nivel de los continentes, y considerarlas agitadas por esas energías potentísimas, que con libertad más amplia que en los sólidos se desarrollan en los flúidos, multiplicándose, acrecentándose, integrándose sin cesar y complicándose en su interior desenvolvimiento con direcciones, intensidades y puntos de aplicación diversos á cada instante, pero siempre vivos, siempre realizando ese fenómeno general de la naturaleza, esa vida cósmica que se llama movimiento. No hay á la disposición del hombre fuerza del empuje necesario para contrarestar la violencia de los mares, ni artificio capaz de asegurar su existencia contra los embates del agua, cuando se propone penetrar en su masa.

Y, sin embargo, ó quizá por esto mismo, nada hay que pudiera satisfacer tanto el afán de saber, que al hombre excita de continuo, como la física del mar; pues puede muy bien decirse que en el seno de los mares se encierran más maravillas y se ocultan más secretos que en el resto del planeta. Yo no aseguraría rotundamente, como Schleiden, que el mar es la matriz donde se engendra y concibe toda la vida orgánica del globo; pero lo cierto es que cuantos naturalistas hoy plantean y persiguen el problema de los orígenes de los seres orgánicos (y excusado es decir que esta es la mayor preocupación de todos los naturalistas y positivistas modernos), todos interrogan á los mares y persiguen dentro de las aguas esa masa ru-

dimentaria protoplásmica y esos corpúsculos microscópicos, que representan como las primeras formas animales y vegetales.

Es, pues, el estudio de los mares ameno por la rica variedad de su contenido, tentador por los misterios y arcanos que deja entrever, grande por el atrevimiento que supone el penetrar en su fondo, aunque sólo sea con la imaginación, é interesantísimo por los altos problemas con cuya resolución directamente se enlaza.

También es útil prácticamente considerado. La riqueza de los productos del mar es inagotable; la alimentación del hombre, el suministro de la industria, la satisfacción del lujo en todos los tiempos y en todas las civilizaciones lo declaran muy alto. En nuestra época con los progresos del conocimiento del mar están ligadas las obras más portentosas del mundo; los cables trasatlánticos, los istmos interoceánicos y los túneles submarinos.

Y si se quiere reducir á números la expresión de la utilidad que el estudio de los mares reporta, basta citar las ventajas obtenidas por consecuencia del moderno conocimiento de las corrientes marítimas. Antes de la publicación de las obras de Maury se invertían 250 días en el viaje redondo entre Inglaterra y Australia, que después se hace en 140 singladuras, ahorrándose con esto el comercio inglés un millón de duros cada año. En este concepto no sería fácil defender el descuido con que la Geografía general ha mirado hasta el siglo actual la física del mar ó hallar disculpa para la negligencia con que hasta el presente han mirado los tratados de enseñanza lo que se refiere á los mares: los más compendiados dan noticias de las montañas, de las alturas, de los principales accidentes de tierra firme; los menos (y han de ser de cierta extensión) hacen en breves rasgos la descripción de los mares y sus costas.

Con esto creo haber descubierto el tema de esta conferencia, que claro es no va á comprender el conjunto de los estudios físico-naturales del mar, sino que se ha de limitar á algunos puntos concretos; de su física unos, en lo relativo á sus profundidades, y de su historia natural otros, por lo que se re-

fiere á la geografía de los seres animales de sus más oscuras regiones, puntos todos ellos unidos entre sí por estrechas relaciones, dado que la vida animal y vegetal dentro de las aguas está sometida como la flora y la fauna terrestre á las leyes de latitud y altitud, en términos de poderse trazar en algunos mares las zonas y regiones habitadas, como se ha hecho con la geografía botánica y zoológica de los continentes. Por término de exposición, inútil me parece decir que no me arriesgaré á penetrar dentro del mar de mi propia cuenta, sino que en tan intrincado asunto me servirá constantemente de guía un trabajo reciente que ante la Sociedad geográfica de Viena ha hecho el distinguido doctor Francisco Toula, recopilando los resultados hasta ahora bien definidos.

I.

He citado hace un momento los trabajos de Maury, que son la base de los modernos estudios físicos del mar; pero esta supremacía del norte-americano no obsta para hacer justicia á otros sabios, que le han precedido y le han seguido en su colosal empresa.

Por lo que á mi objeto hace, Sir John Ross en 1819 hizo ya importantes observaciones en la bahía de Baffin, aunque por el pronto no fueron tomadas en la debida consideración.

Eduardo Forbes estudió más tarde los mares interinsulares de Inglaterra y el Mediterráneo (particularmente el mar Egeo), y sondeó sus aguas hasta 420 metros, si bien incurrió en el error de afirmar que la falta de luz y la presión de 52 atmósferas impedían por completo la vida orgánica en pasando de 150 metros de profundidad.

Desengañáronse los sabios muy pronto de esta hipótesis con el resultado de las observaciones de James Clarke Ross en su expedición antártica de 1839-43 y con los descubrimientos de Goodsir en el estrecho de Davis en 1845.

Poco después Brooke con su sonda especial arrancó á 2.000 metros de profundidad trozos de fango calizo, por más

que dejó en pié la duda de si los seres que componían aquella masa semoviente habían vivido en el fondo de donde salieron ó habían ido á parar allí desde otros centros de vida.

Preludios eran estos suficientes para que la ciencia exigiera en adelante una sistematización de estas nuevas investigaciones, cuando se ofreció la ocasión más oportuna en el momento de tender el cable telegráfico de Inglaterra á los Estados Unidos. El capitán Dayman se encargó de aquel sondeo en el verano de 1857, determinando la orografía de los fondos entre Islandia y Nueva Finlandia. Fijó puntos de más de 430 metros de cota, y de ellos extrajo materias semejantes á las de Brooke, cuyos ejemplares sirvieron á Huxley para fundar sus teorías sobre el *Bathybius* y las primeras sustancias orgánicas.

Siguieron después las investigaciones del doctor Wallich's, que en 1860 acompañó al capitán Mac Clintock en los sondeos de Islandia, Groenlandia y Nueva Finlandia, de donde trajeron más de 1.000 ejemplares, hallados entre 1.090 y 3.600 metros, formados por animales microscópicos, y cuya colección se enriqueció á la vuelta con trece estrellas de mar, que contenían en sus estómagos algunas globigerinas.

Parecía con esto admisible la opinión de que la vida podía existir á pesar de la enorme presión del fondo del mar; idea que confirmó el profesor Jenking con los ejemplares recogidos á 2.000 y 2.800 metros cuando se hicieron los trabajos de reparación del cable de Cerdeña á Argel.

Por entonces también (era en 1861), coincidieron las exploraciones suecas de Torell's, que encontró vida orgánica á 1.900 y 2.700 metros, representada por seres microscópicos, pero entre los cuales se vieron algunos relativamente superiores y los estudios de los doctores Sars, padre é hijo, en las costas de Noruega, cuya fauna submarina, á más de 600 metros, contaba todavía 42 especies.

Mas para hacer fructuosos estos trabajos era menester combinar los sondeos con observaciones de temperatura y llevar á la par las investigaciones de todas clases; método que realizó el insigne profesor Thomson, director científico de la modernísima expedición del *Challenger*. El almirantazgo inglés

puso á su disposición, y á la del doctor Carpenter, el crucero *Lightning*, que, aunque hacía poco honor á su nombre, hubiera servido para el objeto, si los temporales no le hubieran batido seis semanas seguidas con solo diez dias útiles. Sondearon, á pesar de todo, hasta 1.200 metros, sin faltar nunca representantes del reino animal, y sorprendiendo al mundo científico con el descubrimiento de regiones submarinas de temperaturas muy distintas, y demostrando prácticamente algunas hipótesis, sentadas por el geólogo Barrande, acerca de las llamadas colonias de fósiles.

En 1868 Nordenskiöld's exploró el fondo del mar en Spitzberg, con 3.800 metros de profundidad, y comprobó en aquellas latitudes la existencia de masa protoplásmica.

Los norte-americanos rivalizaban en tanto con los ingleses y suecos (1844 á 1870). Agassiz, Peirce, Bailey y el conde de Pourtalés emprendieron investigaciones semejantes, que dieron por resultado trazar el mapa hypsométrico, geológico y zoológico de las costas y fondos del Océano de su natural jurisdicción.

Satisfechos los ingleses con los frutos valiosos, aunque escasos, de la campaña del *Lightning*, ofrecieron á los mismos Carpenter y Thomson, secundados por Jeffreys, el barco *Porcupine*, para navegar durante el verano de 1869 y de 1870, en cuyo tiempo sondearon el Océano al O. y S. de Islandia y el canal de las Hebridas, viniendo después á recorrer todo el Mediterráneo, entrando por las costas portuguesas, pasando el Estrecho, recorriendo el litoral español, francés, argelino, tunecino, siciliano, etc. Acumularon en estos viajes muchísimos datos, entre los cuales brevemente citaré los del Mediterráneo, por cuanto tiene de nacional para nosotros. Hicieron en él 24 estaciones con sondeos de 450 á 2.700 metros, encontrando muchas especies vivas, que hasta ahora sólo eran conocidas como fósiles; cerca de las costas portuguesas, al penetrar en el Mediterráneo, hallaron en una estación, á la profundidad de 1.500 metros, 186 especies animales, de las cuales 91 se conocían vivas, 24 como fósiles, y eran completamente nuevas 71. Dentro de este mar comprobaron un hecho singular, á saber:

que pasando de 2.240 metros el Mediterráneo no ofrece vida animal. Este hecho comprueba las observaciones antes citadas de Eduardo Forbes, que le indujeron á generalizar equivocadamente; y Carpenter lo explica diciendo que el fondo del Mediterráneo se halla como estancado y sin relación con la vida de los demás mares, á causa de hallarse más bajo que el fondo del estrecho de Gibraltar.

Las expediciones, que llevo rápidamente enumeradas, no son las únicas, aunque sí las principales, que se han encaminado á estudiar el fondo de los mares, no contando otras muchas y varios viajes particulares, que accidentalmente han hecho trabajos de esta especie. Pero todas ceden en importancia y quedan, por la magnitud de sus travesías y abundancia de resultados, muy por debajo de la emprendida últimamente por la corbeta de hélice *Challenger*, de 2.300 toneladas.

Armada para la ciencia por el Almirantazgo inglés (y digo para la ciencia, pues de sus 18 cañones se desmontaron 16 para colocar en las baterías los laboratorios zoológico, físico y químico), esta ya célebre nave iba provista de todos los elementos de personal y material científico propio de su empresa. Además de los laboratorios citados llevaba cámara fotográfica, acuario, sondas, dragas y otros ingenios y máquinas. Zarpó con mal tiempo de Portsmouth el 21 de Diciembre de 1872 y dirigió su rumbo á Lisboa, para de allí proseguir á Gibraltar, Madera é islas Canarias, cruzar por el Océano á las pequeñas antillas de Sombrero y San Thomas; de allí por las Bermudas á Halifax, tocando de nuevo en las Bermudas para atravesar el Océano de vuelta, á recalar en las Azores y extenderse hácia las islas de Cabo Verde, á donde llegaba en Setiembre de 1873. Debía por tercera vez cruzar el Atlántico para llegar á Bahía y dar la vuelta y fondear en el Cabo cortando el mismo Océano en otra cuarta travesía.

El viaje desde Inglaterra al cabo ha sido una série no interrumpida de interesantísimos descubrimientos bajo los dos aspectos de la Hypsometría y de la Historia natural.

A la altura del Cabo de San Vicente pescaron peces pertenecientes al género *Macrourus*, á la profundidad de más de 1.000

metros, y unos metros más hondo hallaron un crustáceo gigantesco del grupo *Amphipodos*, provisto de grandes ojos compuestos de facetas, que cubrían toda la parte anterior del animal como los ojos de los *Aeglina* entre los trilobites silurianos.

Al Norte de San Thomas, á los 19° 41' lat. determinó la expedición la profundidad mayor, que con precisión se ha medido en el Atlántico, y era de 3.875 brazas, ó sea de 7.091 metros. La sonda llevaba un peso de tres quintales, y se rompieron los dos termómetros de que iba provista, á pesar de ser instrumentos que se habían probado á una presión de 80 quintales por pulgada cuadrada.

Desde el cabo de Buena Esperanza se dirigió el *Challenger* al S. E. tocando en el banco de Agulhas, islas de Marion, Príncipe Eduardo, y de Crozet, donde echaron sondas de 2.928 metros. El suelo de estos mares es de formación idéntica á la del Norte del Atlántico, con la misma masa orgánico-caliza. En las islas de Mac-Donald se encontraron ya con los hielos australes, pero arrostrándolos continuaron la exploración, á pesar de que el frío hacía peligroso el contacto de los aparatos metálicos.

En Marzo de 1874 llegaba la expedición á Australia, y salió de Sidney á mediados de Mayo para Nueva Zelanda, Nueva Caledonia, Nueva Guinea, Archipiélago de la Sonda y Manila, de donde partió de nuevo en Noviembre con rumbo al Japón. Se cruzó el Pacífico en Marzo de 1875, tocando á fin del mismo año en Valparaiso, para bajar al estrecho de Magallanes y subir por las islas de Falkland á Rio Janeiro y la Ascensión, regresando á Inglaterra en el verano de 1876, para ordenar, clasificar, analizar y sintetizar tantas observaciones y tan preciosas colecciones y datos.

Para hacer completa esta reseña de los viajes emprendidos con el fin de conocer el fondo de los mares, debiera yo apuntar otras expediciones que, como antes dije, han hecho estudios aislados, tales como la Comisión austriaca del Adriático, la alemana de los mares del Norte y algunas que condujeron á los astrónomos de diversos países á observar el tránsito de Ve-

nus, de las que tuve ocasión de ver abundantes materiales al celebrarse el Congreso geográfico de París.

Temo, sin embargo, fatigar vuestra atención, y es tiempo de que reseñe los resultados obtenidos bajo el doble punto de vista que me he propuesto.

II.

En este género de investigaciones la buena crítica comienza por preguntar: ¿Qué precisión tienen estas observaciones? ¿Qué valor se puede atribuir á sus resultados? ¿Qué confianza merecen tales estudios?

Para contestar á estas preguntas es necesario analizar los medios empleados. Éstos son principalmente las sondas y las dragas, con las cuales se determinan las profundidades y se recogen los ejemplares.

La sonda más sencilla es una plomada, cuyo hilo, ó mejor, cuya fuerte cuerda lleva pendiente un peso. Este medio es suficiente, cuando la profundidad es pequeña; no pasando de 1.500 metros, basta que el peso sea de 40 á 60 kilogramos para que caiga verticalmente á través del agua, venza con facilidad la presión y las corrientes y se note perfectamente el momento en que ha tocado fondo. Tal es la sonda, que en la navegación ordinaria se ha usado mucho tiempo y se usa todavía en mares poco profundos.

Cuando la profundidad es mayor ó cuando las corrientes son vivas, esta sonda es arrastrada por las aguas é induce á errores tan groseros como los que cometieron Berryman afirmando que en el Atlántico no se tocaba el fondo á 12.360 metros, Denham soltando en el Sur del mismo Océano 14.588 de cuerda y Parker 15.923 sin hallar firme.

Esto indujo á Ericson á idear un aparato unido á la sonda, que servía para calcular la profundidad por la presión del aire encerrada en una caja provista de un manómetro, y á Bauer para inventar su sonda de hélice y calcular la cota mediante

un contador de las vueltas del tornillo. Estos aparatos y otros de contadores complicados hubieron pronto de desecharse y se volvió á la primitiva sonda, pero aumentando el peso y la resistencia de la cuerda; hasta cuatro quintales de peso se han puesto al extremo en los sondeos modernos.

Uno de los inconvenientes que estas sondas ofrecen es el de necesitar una enorme fuerza para elevarlas, dificultad que se resuelve fácilmente, cuando la investigación se reduce á determinar la altitud. Basta, en efecto, para salir del paso, cortar la cuerda, una vez llegado el peso al fondo.

Pero cuando se quiere al propio tiempo extraer ejemplares del suelo del mar, no es posible emplear tan expedito arbitrio, y es necesario practicar la extracción del extremo de la sonda. Sirven cumplidamente para este fin los aparatos modernamente usados y que son á la vez sondas y dragas.

Se forman de un peso, ya de forma esférica, ya de forma cilíndrica, de hierro fundido, atravesados por un vástago hueco y abierto por la parte inferior. Este vástago ó tubo de hierro, de cerca de dos varas de largo y un diámetro de tres pulgadas, tiene en su parte superior una tenaza, de cuyos brazos cuelgan hilos metálicos que sujetan y mantienen pendiente el peso. A veces termina el vástago por unos garfios interiores que hace presa en el fondo del mar; otros llevan un obturador para mantener los ejemplares recogidos. La cuerda suele ser de cáñamo italiano y pesa 17 kilogramos por cada 100 brazas.

Al llegar al fondo se clava el vástago, agarra materias con los garfios y dientes del interior del mismo, ábrese la tijera de la parte superior, el peso cae y se eleva la sonda.

La circunstancia de emplearse en los barcos máquinas de vapor diversas permite usar de ellas para elevar las sondas y las dragas, operación que aun así es prolija y molesta. Como ejemplo se puede citar una sonda echada en el golfo de Vizcaya á 4.400 metros de profundidad, que tardó en llegar al suelo 33 minutos y 35 segundos, y 4 horas en ser elevada por medio de una máquina de 12 caballos de vapor.

Por estas breves indicaciones, que el buen juicio de los que

me escuchan sabrá ampliar, puede formarse idea del modo como los sondeos se llevan á cabo y de la precisión que sus resultados alcanzan.

Trataré ahora de bosquejar, también ligeramente, el conjunto de los resultados positivamente conocidos hasta ahora por consecuencia de las diferentes exploraciones antes mencionadas, empezando por el Océano Atlántico que es el más estudiado y el que más nos importa dominar.

La forma general de su suelo es la de un inmenso surco, en dirección N. á S. que se extiende de uno á otro polo y cuyo origen data al menos en su parte media y austral desde la época jurásica.

La parte más septentrional, ó sea de los mares árticos, presenta una depresión de más de 3.000 metros al SO. y O. de Spitzberg; luego el suelo se eleva y forma como una planicie de sólo 900 metros bajo el nivel del agua, que se extiende por el S. de Spitzberg, Islandia, Islas británicas, Noruega y Francia. Teniendo por límite oriental esta planicie, adviértese un valle de N. á S. y 1.000 kilómetros de extensión con 4.600 metros de profundidad que va desde las costas de Irlanda hasta las islas del Cabo Verde, donde viene á empalmar con otro valle del hemisferio austral, mucho más ancho que el primero. La depresión que arranca del Sur no sigue tan marcadamente la dirección del meridiano, sino que al encontrarse con el gran valle del N. se tuerce al O. formando un gran arco que llega hasta las Antillas, donde alcanza, como dejo ya dicho, la mayor profundidad (7.091 metros). Aparte de esta cota sólo hay en la parte septentrional del Atlántico pocas que exceden de 5.500 metros; el *Challenger* no halló más que cuatro, de conformidad con lo que John Irwing aseguraba en 1870. Entre los accidentes más notables puede citarse una como loma que ofrece un pico elevadísimo en las Azores, cuya cima volcánica tiene 2.400 metros sobre el mar y cerca de 5.000 sobre la meseta antedicha.

La parte meridional del Atlántico, aunque más extensa superficialmente, ofrece menos masa de agua que la septentrional, pues las profundidades medidas son muy inferior-

res. Ninguna sonda del *Challenger* llega á 3.000 metros (1).

No son tan abundantes los resultados conocidos respecto del Océano Pacífico; sólo en su región septentrional se han hecho sondeos en número suficiente. Los datos de la tantas veces citada expedición del *Challenger*; los trabajos preparatorios de la colocación del cable entre los Estados-Unidos y el Japón, y sobre todo los del capitán Belknap, mandando el *Tuscarora*, suministran, sin embargo, cifras importantísimas que señalan accidentes más variados que en el Atlántico. Nada menos que 8.519 metros asegura Belknap haber sondeado al Oriente de Jeso, si bien la corriente negra ó Kuro Siwo, análoga á la corriente del Golfo, impide dar gran seguridad á los sondeos.

El *Tuscarora* en el Pacífico ha rivalizado con el *Challenger* en el Atlántico. Diez y seis líneas de nivelación, con multitud de estaciones, le han permitido dar perfectamente á conocer las derrotas entre cabo Flattery y San Diego; entre California y el Japón; entre las islas Bonin y Hawaii, y entre el Japón y cabo Flattery.

En cambio los Océanos Índico y Antártico, según las observaciones del *Challenger*, al menos en su parte más meridional, presentan profundidades relativamente pequeñas (de 2.400 á 3.700 metros), cuyo hecho viene á confirmar la indicación antes apuntada de ser mucho menor la masa líquida del hemisferio austral que la del boreal. Es de notar, no obstante, que en las cercanías de la Australia aumenta la profundidad. El *Challenger* anotó desde la ciudad del Cabo hasta Melbourne, cotas de 179, 274, 3.475, 2.305, 3.292, 3.612, 3.932 y 4.755 metros sucesivamente.

Reunidos estos datos que tan á la carrera voy anotando, juntando los mapas hidrográficos de las costas, las indicaciones de las cartas marinas y los estudios de colocación y reparación de los cables eléctricos, se pueden trazar y se trazan ac-

(1) De San Salvador (Bahía) á Tristan d'Acunha, 2.150, 2.350, 2.275, 2.050, 1.900 y 2.021 metros.

De Tristan d'Acunha al cabo de Buena Esperanza, 2.100, 2.550, 2.650, 2.325 y 1.250 metros.

tualmente los mapas generales de los mares, en especial del Atlántico, que tanto echaba de menos Humboldt para completar sus estudios cosmográficos.

Entrar en más minuciosos pormenores sobre las profundidades del mar, no habiéndome de referir á ninguna localidad particular, me parece abusar demasiado de los números, de suyo áridos y enojosos.

III.

Al estudio de las profundidades sigue en orden de importancia y de método el estudio de las condiciones físicas de las masas de agua, á saber: su temperatura, densidad, presión, corrientes, composición química y cantidad de luz y de aire que las penetra; materias que yo no he de tocar, sino puramente en cuanto conduzcan al segundo punto que al principio anuncié.

La temperatura de las aguas se ha observado con bastante precisión, tanto en su superficie y en su seno como en su fondo, por medio de termómetros contruidos por Casella bajo la dirección de Miller, y que están dispuestos de modo que soporten sin romperse altísimas presiones. Cada sonda lleva por lo regular dos en su extremo inferior y varios sujetos á la cuerda de cien en cien metros.

Las leyes de la distribución del calórico en los mares pueden formularse, ó en el sentido de la latitud ó en el de la altitud. En relación á la latitud se distinguen claramente tres zonas superficiales, una ecuatorial templada y dos polares frías, sin que puedan con fijeza limitarse por falta de suficiente número de observaciones, ni menos subdividirse debidamente. Del mismo modo en las capas submarinas se pueden fijar tres regiones: una superficial, que participa de la temperatura ambiente y que por término medio llega á 120 metros de profundidad; sigue á ésta otra de temperatura constante, que en general se mantiene hasta los 800 metros, para decaer rápidamente (á razón de un grado por cada 150 metros). Claro es que

estas zonas y estas regiones ofrecen, como los climas terrestres, toda la variedad local imaginable.

Influyen principalmente en la temperatura de las aguas las corrientes marinas. De ellas nada podría yo decir que no fuera recordar lo que os dijo perfectamente en este mismo sitio mi distinguido colega el Sr. Ferreiro.

La densidad del agua por efecto de su composición y estado físico varía, pero dentro de muy estrechos límites. El elemento menos constante que la modifica alterando las condiciones de la habitabilidad de los mares, es la cantidad de los gases que contiene. La proporción de oxígeno, que en la superficie es por término medio de 25 por 100 se reduce á 20 por 100 en profundidades medias y hasta 19 por 100 en el fondo, siguiendo una relación inversa de la del ácido carbónico, que, comenzando por ser de 20 por 100 en la superficie, aumenta con la profundidad hasta el 28 por 100.

La presión es fácil de calcular tomando por unidad la atmósfera, que, como es sabido, pesa lo que las columnas de agua ó de mercurio de los barómetros de uno ú otro de estos líquidos; siendo sencillo traducirla en pesos por unidad de superficie cuadrada. Y tal vez son las cifras que más sorprenden, cuando se considera la potencia de los océanos. Dos y tres mil kilogramos por pulgada cuadrada son presiones que á cada paso anotan los cuadernos de observación del *Challenger*.

La luz esparcida dentro del mar es otra importantísima condición, determinante de la existencia de seres orgánicos. A 50 metros de profundidad nótase ya solamente, como un crepúsculo amarillento rojizo, triste anuncio de la noche completa, que reina para nuestros ojos á los 200 metros; noche que sólo rasgan algunos destellos fosforescentes, ó tal cual fenómeno eléctrico de dudosísima explicación. ¡Y sin embargo, (antes lo dije), en regiones aún más bajas y oscuras viven animales con órganos de visión completos y hay todavía vida animal más y más en lo profundo!

Tal vez los dos hechos bajo este aspecto más notables que las modernas exploraciones han revelado, principalmente las de Nordenskiöld's, en los mares de Spitzberg, consisten en de-

mostrar que no se puede fijar límites, de baja temperatura, ni de presión, ni de falta de luz á la existencia del reino animal, cuya riqueza y variedad parece no tener otro obstáculo en los mares árticos, que los que le ofrece la imposibilidad mecánica de moverse cuando el agua se solidifica.

Reseñadas todas estas condiciones, cúmpleme ya decir algo de la vida orgánica que puebla las regiones submarinas.

IV.

No os molestaré, diciendo uno á uno los nombres de las plantas y animales, que por miles de especies y millones de individuos viven en el seno de las aguas. Ni yo las conozco, ni, aunque las conociera, habría de confundir de este modo lo que es propio de la Historia natural con lo pertinente á la Geografía general.

A partir de la superficie, Eduardo Forbes hizo una división de las regiones acuáticas muy á propósito, en mi concepto, aunque algo anticuada, para la descripción geográfica de la Fauna y Flora del mar.

Llama á la primera región «Región de los litorales,» limitada por las capas extremas á donde trasciende la acción del flujo y reflujo. Tiene por condición la de circular el aire, penetrar la luz y participar de las variaciones del aire ambiente y por carácter botánico y zoológico la existencia de una exuberante vegetación en que dominan los géneros *Lichina* y *Fucus*, con fauna relativamente escasa.

A la segunda región le da el nombre «de las Laminarias,» que se extiende hasta 27 metros de profundidad y en donde la naturaleza ha prodigado todas las magnificencias de forma y color en sus representantes del reino animal y vegetal.

Sigue á esta «la Región de los corales,» de hasta 90 metros de profundidad, donde dominan sin rival los pólipos coraliformes, las hydras y los bryozoos, con bancos que la codicia del hombre explota y donde también habitan los grandes crustáceos, numerosos equinodermos y moluscos muy notables.

Bajando de los 90 metros, Forbes supone que no queda ya división posible, por decrecer rápidamente la vida animal y no ofrecer caracteres bien marcados. Llama á toda esta última «Región de los corales profundos» y ya dije antes el límite inferior que le asignaba equivocadamente.

Pero este límite hoy no es aceptable: en toda la primera parte de este estudio he citado pruebas concluyentes de la existencia de seres vivos á mayores profundidades, y á estos seres determinados hay que añadir esa sustancia particular que se ha extraído del fondo de todos los mares, llamada de muy diversos modos, pero que analizada al microscopio parece estar formada de sustancia orgánica entremezclada con materia mineral y que á tantas y tan trascendentales teorías ha dado origen.

Ello es, que pasados los 3.000 metros de profundidad, los animales son pequeñísimos, invisibles á la simple vista y que su clasificación, descripción y estudio holgaría dentro de esta conferencia, pues por debajo de las cuatro regiones de Forbes, es difícil dar caracteres de bastante bulto que marquen geográficamente regiones separadas.

Reina en las últimas capas una calma completa, no alterada por las corrientes, ni perturbada por cambios de temperatura, ni alumbrada por resplandores de ninguna especie, bajo una pesadumbre incomparable; todo parece alcanzar allí los caracteres de lo infinitesimal, diferencial é integralmente considerado. Mas por lo mismo sospechan muchos, que allí se encierra el gran secreto; allí imagina Wallich's que la materia inorgánica pasa por un desconocido proceso á ser orgánica; allí Hæckel supone que la materia adquiere las primeras formas orgánicas por una especie de generación espontánea, por una como sutílización de la materia ó de dilución homeopática que permite á la fuerza universal ejercer con libertad sus variados influjos; allí cree Huxley que existe el protoplasma, que en série ascendente se ha de elevar, mediante procesos indefinidos, desde la celdilla primordial (no importa si animal ó vegetal) hasta el más perfecto de los seres.

Lo que hasta ahora se tiene por averiguado es, que el suelo

todo de los mares está recubierto por un fango ó lógamo, de color gris parduzco, pegajoso como miel espesa, cuya tercera ó cuarta parte, vista bajo los microscopios, presenta caracteres orgánicos, es decir, movimiento propio, y aspecto semejante al contenido de los utrículos que forman los tejidos animales y vegetales.

Huxley asegura haber visto más: dentro del *Bathybius* dice distinguir corpúsculos de formas definidas, Discolitos y Cya-tolitos compuestos de dos plaquitas unidas por un pié, que Hækel compara á los botones de los puños de camisa. Huxley continúa clasificando especies diversas con caracteres y formas definidas. De ellas Hækel dice que no deben ser miradas ni como animales ni como vegetales, sino como protistas, que unas tomarán el rumbo del reino de las plantas y otras vendrán al mundo de la zoología, y afirma que en el informe protoplasma del fondo de los mares han encontrado sus doctrinas un testimonio irrecusable.

Pero no es así ciertamente. Murray, uno de los hombres más doctos, embarcado en el *Challenger*, se propuso este punto como objeto especial de sus estudios y observaciones, y asegura con presencia de todas sus colecciones que la viscosidad y fango del fondo del mar está formada en su mayor parte por restos de Globigerinas, Orbulinas y Pulvinulinas, propias de las regiones superiores del mar, que lentamente se han ido depositando en el suelo después de su muerte. Esta opinión está basada en observaciones y pruebas de tal fuerza, que Thomson aceptó sin reservas esta hipótesis, haciendo el sacrificio de su amor propio y de todas sus ideas anteriores.

No quiero con esto decir que la cuestión está resuelta en sentido de Murray, pues sé que Carpenter, ante la Sociedad Real de Londres combatió esa solución posteriormente con copia de datos recogidos en la expedición del *Porcupine*. No es ese mi ánimo; al contrario. Precisamente lo que digo es que el problema está planteado, pero con su incógnita envuelta en ese misterio que rodea á las primeras causas y procesos de la vida, y quiero añadir que no obran con sano criterio científico los que á raíz de un descubrimiento nuevo ó de una teoría mo-

derna creen con ligereza que han alcanzado la verdad ó que por lo menos han batido á sus adversarios calificándolos además de atrasados y motejándoles de refractarios al progreso de la ciencia.

Propio, muy propio me parece el estudio del fondo del mar para avanzar en el camino que ha de conducir al esclarecimiento experimental del problema de los orígenes de la vida orgánica, ó mejor dicho, á poner de manifiesto la constitución íntima de los seres animales y vegetales; pero hoy por hoy me parece más positivamente propio para progresar en el camino de la Geogenia por las relaciones de las especies vivas de las aguas con las fósiles de los continentes.

Son estas tan estrechas, que acontece de presente en el fondo de los océanos lo que en edades anteriores aconteció en los que ahora son continentes. Un experimento bien sencillo lo demuestra; si se toma un pedazo de creta blanca, se reduce á polvo menudísimo y se agita en el agua, se verá al microscopio que sus partículas están formadas de los mismos seres que los del fango del suelo del mar. Prestwich formó una lista de veinte especies de foraminíferos del fondo del Atlántico que han vivido en las montañas cretáceas de Inglaterra. Y no ya del período cretáceo, sino hasta de períodos anteriores se encuentran representantes vivos en el seno de las aguas; tal, por ejemplo, las Pleurotomarias halladas en las Indias occidentales.

Doy aquí por concluida mi pobre tarea; de ella quedaría satisfecho, si acaso por breve, comparado con la grandeza del asunto, no ha llegado á cansaros demasiado.

V.

He procurado tan sólo llamar la atención hácia la utilidad é interés científico de la geografía submarina, que á mi modo de ver constituirá en breve una rama frondosísima y muy fructífera de la Geografía universal.

No pudiendo, porque á tanto no llegan mis fuerzas, presentaros el bosquejo de cuanto comprende, me he limitado á apuntar algunos de sus más salientes rasgos.

Completado debidamente con las líneas brillantes que columbraron algunos geógrafos de principio del siglo y con los detalles vivísimos de los modernos naturalistas; enriquecido con los variados colores de los seres que habitan el mar, teniendo por fondo la inmensidad de las aguas; marcando sus indefinidos términos; haciendo resaltar sobre la oscuridad de sus profundidades la vida que la anima, no sólo se puede pintar un cuadro bellísimo, sino que también se debe formar un brillante capítulo de geografía que por conclusión retrate, al describir los fenómenos que actualmente se producen bajo las aguas, los momentos por que en las remotas edades geológicas han pasado los continentes hoy habitados por la especie humana.

Y por fin, ya que el problema de la vida orgánica en sus causas principales no se resuelva por completo, por lo menos lograremos ponernos, por el conocimiento de la série entera, más cerca del primer momento de la creación, y en disposición también de entrever los progresos que aún quedan por realizar en la vida cósmica de la tierra.

F. DE P. ARRILLAGA.

El primer punto que se debe considerar es el papel de la cultura en el desarrollo de un país. La cultura no es solo un conjunto de tradiciones y costumbres, sino que es un factor fundamental que influye en la economía, la política y la sociedad en general. En un mundo globalizado, la cultura se ha convertido en un activo valioso que puede generar oportunidades económicas y promover el entendimiento mutuo entre diferentes pueblos.

En segundo lugar, es importante destacar el papel de la educación en la preservación y promoción de la cultura. La educación debe ser un espacio donde se enseñe y valore la diversidad cultural, fomentando el orgullo y el respeto por las tradiciones de cada comunidad. Además, la educación debe estar orientada a desarrollar habilidades que permitan a las personas aprovechar las oportunidades que ofrece el mundo globalizado.

Por último, es necesario mencionar el papel de los medios de comunicación en la difusión de la cultura. Los medios de comunicación tienen un gran poder para llegar a grandes audiencias y promover la cultura de diferentes regiones. Sin embargo, también es importante que los medios de comunicación sean responsables y promuevan una visión equilibrada y respetuosa de la diversidad cultural.

En conclusión, la cultura es un pilar fundamental para el desarrollo de un país. Es necesario que se valore y promueva la cultura como un activo valioso que puede generar oportunidades económicas y promover el entendimiento mutuo entre diferentes pueblos.

La cultura es un patrimonio que debemos cuidar y promover. Es necesario que se valore y promueva la cultura como un activo valioso que puede generar oportunidades económicas y promover el entendimiento mutuo entre diferentes pueblos.

LA VETTONIA.

MONUMENTOS É INSCRIPCIONES ROMANAS

EN LA ANTIGUA CASTRA JULIA;

POR EL SR. PRO. D. JOAQUÍN RODRÍGUEZ.

CONFERENCIA V.

Situación geográfica de la Vettonia.

Habeis oido en las anteriores conferencias observaciones sobre lápidas votivas de dioses venerados en España, antes de la venida de fenicios y cartagineses; sobre votos hechos á deidades romanas y sobre lápidas sepulcrales, restos todos de monumentos más notables, que los siglos y los pueblos en su demolidora marcha han hecho desaparecer; y es llegado el momento de emitir opinión acerca de la situación geográfica de la Vettonia, puesto que á esta región perteneció la antigua Castra Julia (Trujillo).

No ignoramos que nuestros trabajos debieron empezar por esta conferencia, pero circunstancias ajenas de nuestra voluntad lo han impedido, y estamos hoy en el caso de no demorar por más tiempo el cumplimiento de este deber. Todos sabeis cuánto importa en trabajos de esta naturaleza la geografía una vez que el conocimiento del terreno en que tienen lugar los sucesos y se desenvuelve la historia, es de la mayor importancia para la apreciación de aquéllos y el criterio de ésta, y sobre todo porque es el objeto principal de las tareas que nos hemos impuesto. Con esta conciencia vamos á someter á vuestro juicio el resumen de nuestros trabajos.

Empezamos, pues, por anotar el origen de este nombre, manifestando que ni los historiadores nos dan idea de él, ni

conocemos rastro alguno etimológico en los idiomas de los pueblos que nos han colonizado que nos lleve á fundamentada deducción; es más, la diversidad con que lo hallamos escrito en los autores que de esta región nos hablan, su misma posición geográfica, todo aumenta la impenetrable oscuridad con que los siglos la ocultaron; por esto fué siempre objeto de discusión entre los eruditos y estudiosos, sin que su digna curiosidad hallase cumplida solución; así es que, mientras Van Staveren, comentando á Cornelio Nepote en la vida de Amilcar, siguiendo á Schoffi y otros ilustradores del biógrafo romano, le escriben *vettones* con doble *t*; Tito Livio, lib. xxxv, caps. vii y xxii, dice *vectones*, siguiéndole Lucano, lib. iv, V. 9., y algunos editores de César. Boecler los llama *veteones* y Bosio *vetrones*; pero si no sabemos el origen de este nombre, debemos á Plinio en su *Historia natural* el conocimiento de que la yerba llamada *vetónica* les debe el que lleva y su aplicación á la medicina. Y yo os pregunto: ¿por qué de la yerba *vetónica*, que tanto abunda en esta región, no hemos de deducir el origen del nombre *vettones*? Tal es nuestra opinión, y si no temiéramos molestaros traeríamos en su apoyo los pueblos y naciones que han debido su nombre ya á sus circunstancias geográficas, ya á las costumbres de sus habitantes, ya á las producciones de su terreno. Sin embargo, debemos citar algunos.

Todos sabeis que el héspero dió su nombre á Hesperia; que España se llamó así por la palabra fenicia *Sphan* que significa conejo, y no ignorais que según unos por la abundancia de estos minadores se llamó *Cunicularia*, y según otros por la estrella *Cancro*. Diodoro Sículo, en su tomo i, lib. xxiii, nos suministra otros ejemplos entre los cuales bastará citar los pueblos de Asia que se llamaron *Ictyophages*; también nos habla de algunas naciones árabes de las costas del mar de Indias llamadas *Chlenophages*, *Vizophages*, *Hilogones*, *Troglo-ditas*, etc., nombres debidos á las materias con que se alimentaban estos pueblos ó á sus costumbres. Nos hemos determinado á emitir nuestra opinión, hemos aducido ejemplos que la sirvan de apoyo, y sobre uno y otro extremo os suplicamos fijeis vuestra atención.

Pasando del nombre á determinar la región, vamos á permitirnos exponer las opiniones de los geógrafos antiguos para que vuestra curiosidad se fije en la confusión en que yace el estudio cuyo esclarecimiento nos proponemos; pero antes nos permitireis que consideremos que el nombre más aceptado y aceptable de esta región es el de Vettonia, con doble *t*. Ahora, entrando en las geografías, diremos que empiezan en las tablas que Agripa hizo colocar en el Senado, y si bien sabemos que sobre ellas escribieron Strabon y Pomponio Mela, y después de éstos compuso su *Geografía* Ptolomeo, por éste vamos á empezar, teniendo en cuenta que fué el primero que con las tablas de Agripa y los estudios de Strabon y Mela á la vista formó las suyas, midiendo ya el espacio por grados de longitud y latitud, adelanto de inmensa trascendencia y de un mérito tal que se puede llamar la cuna de esta ciencia. Nos coloca este autor la Vettonia lindando con los lusitanos entre los grados $8\frac{1}{2}$ al $9\frac{1}{2}$ de longitud, y $40\frac{1}{2}$ al $42\frac{1}{2}$ de latitud, siendo sus límites orientales los montes de Toledo en su enlace con los que por el puerto de la Palomera, vertientes del antiguo Idubada (Guadarrama), llegan al Duero por la parte de Simancas y Zamora hasta su entrada en Portugal; comprende dentro de este perímetro los vergones (así llama á los vettones); son sus ciudades principales Lancia, Opidana, Cotogobriga, Salmántica, Ocellum, Augusto Briga, Capara, Manliana, Lacunimurgi, Deobriga, Obila y Lama, á las cuales podríamos añadir, entre otras, Otobesania, recordada en una lápida sepulcral encontrada en Oliva, donde se nombra á un Lucio Domito Galo, vetton de Otobesania, varias que nos conserva una lápida del puente de Alcántara y otras que sería prolijo enumerar. Comprendía, pues, este terreno desde la margen meridional del Duero hasta muy cerca de Castra Julia, y desde la cordillera Carpeto-Vetónica hasta las tierras de Portugal que están entre Butuá (Alburquerque) hasta los Pésures en la Lusitania (hoy provincia de Tras os Montes); esto es, el espacio que media entre el Duero y el Tajo y muy cerca de la mitad de los pueblos situados entre Tajo y Guadiana.

Conténtase Strabon con fijar los límites de la Lusitania, di-

ciéndonos que lindaba por Oriente con los carpetanos, vettones, vaceos y galáicos, asegurándonos que los celtas veturios que habitaban las márgenes del Guadiana era otro lindero, y que entre este río y el Tajo vivían los celtas vettones, que se extendían hasta el Duero, lindando con los lusitanos, túrdulos antiguos, galáicos (los de Braga), arevacos (de Segida), carpetanos, oretanos, celtas y veturios. Al considerar estos linderos con otros datos que aduciremos, es incuestionable que la Vettonia empezaba en el Guadiana y terminaba en el Duero, que la circundaban los veturios, oretanos, carpetanos, arevaceos, vaceos y brácaros, y por la parte que hoy pertenece á Portugal los lusitanos, velianos y celtas portugueses. Menos explícito Pomponio Mela, ni aun nombra esta región, contentándose Plinio con decirnos que habitaban los vettones alrededor del Tajo, si bien en el lib. iv, cap. xx, los da por límites el río Duero.

Ya veis cuán diversos pareceres nos presentan las geografías antiguas; y si tan oscuros y divididos están los que pudiéramos llamar maestros y guías de esta ciencia, no espereis que sus comentadores la ilustren más con sus trabajos, siéndonos por tanto preciso confesar que en tan intrincado laberinto sólo por conjeturas vamos á proceder; y sin embargo, debemos examinar sus comentarios, así como cuantas noticias nos dan los historiadores de este pueblo, reuniendo y condensando sus apreciaciones para ver si llegamos á una aceptable consecuencia.

Pedro de Marca escribe que la Vettonia estaba parte en la Lusitania, cerca del Tajo, y parte en la Tarraconense, junto al Duero. Estéfano en su *Diccionario geográfico* limita la Lusitania al Austro por el Tajo, al Septentrión por el Océano, á Oriente los carpetanos, vettones (así llama á los vettones), los vaceos y los galáicos, mientras que hablando de los carpetanos dice que estaban á orillas del Tajo, lindantes con los vaceos. Como veis, esta misma es la apreciación de Strabon al deslindar la Lusitania.

De este modo, á seguir haciéndonos cargo de cuanto sobre este particular se ha escrito, abusaríamos de vuestra benevo-

lencia, sin conseguir la claridad que todos deseamos. Ortelio, ilustrando los mapas de Ptolomeo, la coloca entre los grados 11 y medio y 14 de longitud, equivalentes á los 8 y medio y 9 y medio de Ptolomeo, y en la latitud del 38 al 42, siendo sus linderos al Norte la márgen del Mediodía del Duero, á Oriente los brácaros, vaceos, arevacos, carpetanos y oretanos, al Mediodía la márgen Norte del Guadiana y al Poniente los lusitanos. La atraviesa el Tajo: entre este rio y el Guadiana se alza el Herminio, que se entra en Portugal, entre el Tajo y el Duero corre el Monte de Venus, y así como el Herminio se desprende de los oretanos y carpetanos, continuación del Orospeña, así el Monte de Venus se desgaja del Guadarrama, antiguo Idubeda, y termina colocando á Mérida y á Medellín en la márgen derecha del Guadiana.

Con esta opinión parece coincidir la del erudito padre maestro Florez, que señala en el tomo XIII de su *España Sagrada* á la Vettonia, empezando por la parte oriental en la ribera del Mediodía del Duero entre Simancas y Toro, bajando por el Oriente de Avila el Puerto de la Palomera á cortar el Tajo por el Puente del Arzobispo, llegando por la vertiente occidental de la cordillera de Guadalupe hasta cerca de Trujillo, siendo su línea de Occidente el límite de Portugal. Así, pues, la parte boreal fué el Duero, y la meridional pasaba por Berzocana y Trujillo á terminar en Albuquerque.

Pasemos á los historiadores: Apiano *De bellis Hispanicis*, folio 283, nos dice que la Lusitania era una parte de la España que, sublevada á las órdenes de Púnico, taló los pueblos aliados de Roma y venció á los Pretores Manlio y Calpurnio; que los vettones se le incorporaron para sitiar á los aliados de Roma. Sucesor de Mumio Atilio los vence y se apodera de varias ciudades vettonas, *gentes*, dice, *limitrofes á la Lusitania*. Hablando el mismo autor de las guerras de Viriato, expresa que Cepión taló los campos de los vettones y de los gallegos, adonde vino desde la Carpetania. Cuando habla de la guerra de Numancia, coloca á los vaceos lindando con los arevacos. Reconvenido Lúculo por los de Caucía con motivo del sitio que los vino á poner, se disculpa manifestando que

lo hacía como auxiliar de los carpetanos, cuyo territorio habían ellos violado.

Ya veis que este historiador no demarca la Vettonia, pero nos da noticia de su importancia y nos dice lo suficiente para apreciar su situación en el interior de España. Igual demostración debemos á Dion Casio y Lucio Floro, precisando algo más Polibio y Justino al narrarnos las campañas de los romanos y de los españoles: estos autores, así como Tito Livio, refieren diferentes veces las alianzas de los vettones, ya con los lusitanos, ya con los carpetanos ó con los vaceos, contra los romanos, sirviéndonos esto para creer estas regiones lindantes con la Vettonia, acreditándose esta creencia por los comentarios de Julio César.

También aparece de estos autores y de otros muchos que la Vettonia y la Lusitania eran regiones distintas y de igual importancia, viéndolas obedecer á Régulos diferentes antes y después de las dominaciones cartaginesa y romana. Debemos á Tito Livio la conservación en el tomo III, lib. xxxv, cap. v, del nombre del Régulo Hilerno hecho prisionero por Fulvio y la del Régulo Corribiton, derrotado y prisionero por Flaminio en las inmediaciones de Toledo, hecho que nos refiere en el capítulo xxi. Debemos á Lucio Floro, en el lib. XLVIII de las *Décadas*, la noticia de que Claudio Marcelo sujetó á los vaceos, cántabros y *otras naciones no conocidas*, circunstancia sobre la que llamamos la atención.

Y es digna de vuestras observaciones, siquiera al fijar sobre ellas vuestro criterio, hayamos de hacerlo con la mayor parcidad. Hoy mismo en los valles que dividen las provincias de Cáceres y Salamanca hay gentes dignas de ser estudiadas fisiológica y socialmente; pueblos donde el astro de la civilización no ha penetrado, cuya vida es nómada, cuyos hábitos son groseros, cuyas viviendas son formadas de toscas piedras, sin mezcla de trabazón, con techos de pizarra; en una palabra, gentes semisalvajes y de las cuales, por casi desconocidas, nadie se ha ocupado; y como el terreno donde moran pertenece á la Vettonia, no extrañareis esta observación; es más, creereis que un país tal, cuyo nombre mismo es una casi

prueba de lo que acabamos de indicar (las Hurdes), merece bien detenido exámen: quizás entre aquellos riscos que visten lozana vegetación, en aquellos valles que tanto reclaman el trabajo del hombre, cuyos árboles elevan su copa con extrema gentileza y ofrecen bajo sus ramas agradable sombra, cuyas cascadas piden algo más que derramarse infructíferas por entre suelo tan fértil; quizás, repetimos, en medio de tan rica naturaleza que tanto contrasta la inculta desidia de sus habitantes, se hallarían aún rastros de las civilizaciones de los pueblos que nos han precedido, y cuyo estudio tanto preocupa hoy así á los nacionales como á los extranjeros.

Hecha esta indicación, pasamos á demostrar que la Vettonia fué una región diferente de la Lusitania, aunque lindando con ésta como lindaba con los veturios, oretanos, carpetanos, arevacos, vaceos y brácaros. En esto tenemos de nuestra parte autores de reconocida competencia y de una autoridad casi inapelable, cuyas palabras vamos á exponer. Strabon nos dice en la página 152, que entre el Tajo y el Guadiana habitaban los vettones, confinantes con la Lusitania, que se extendían hasta el Duero, lindando con los de Segida (arevacos), los carpetanos, oretanos y celtas veturios. Plinio, lib. iv, cap. xxii, la coloca *Circa Tagum Vettones*, y Julio César, *De Bello Civile*, capítulo xviii, expresa que Petreyo partió con todas sus tropas desde la Lusitania por los vettones á unirse con Afranio. Silio Itálico, lib. iii, v. 378, nos dice que asistieron á las guerras de Italia, mandados por Aníbal, y así nos da noticia de su Régulo Balaro:

At Vettonum alas Balarus probat æquore aperto.

Lucano, el cantor de la *Farsalia*, nos da testimonio de que en las guerras civiles entre César y Pompeyo, siguieron el partido de éste, combatiendo contra aquél á las órdenes de Afranio y de Petreyo, lib. iv, v. 9.

His præter Latias aties erat impiger astur
Vettonesque leves.

Tenemos, pues, que como pueblo independiente tenía sus legiones y cohortes de infantería y sus alas de caballería, demostrándose esto además por una lápida que nos ha conservado Grutero, pág. 489, y es la 9, donde aparece que un tal Boconio, flamen de los Augustales, fué prefecto de la cohorte primera de los lusitanos y de la cohorte primera de los vettones y centurión de la legión tercera italiana. El mismo Grutero publica otra lápida, que es la quinta de la página 73, donde hace memoria de un Valerio Frontonio, prefecto del ala de los Vettones; Virio Lupo dedica esta lápida á la diosa Fortuna.

Ya hemos dicho las alianzas contraídas por los vettones con los lusitanos, vaceos y otras regiones para combatir á los romanos, y en los mismos historiadores encontramos el asalto y cautividad de varias ciudades vettonas por tropas lusitanas, lo que manifiesta su independencia y autonomía, perfectamente sostenida y conservada por ellos aun en medio de las dominaciones cartaginesa y romana, demostrándose lo primero con el hecho de haberse Asdrubal apoderado, después de muerto Amílcar, de 12 ciudades vettonas, y extendido su imperio hasta el Ebro, según el texto de Apiano y de otros historiadores. Tito Livio los presenta en tiempo de la dominación romana aliándose con los pueblos comarcanos para sacudir el yugo del dominador, viniendo por último á corroborar esta idea algunas lápidas que copia el mismo Grutero, pág. 366, núm. 6, donde habla de un prefecto de la cohorte primera lusitana, y en la página 382, núm. 6, de la cohorte 7.^a, debiendo tenerse en cuenta, que no sólo subsistió esta separación cuando la primera división que hicieron los romanos de nuestra patria, en Citerior y Ulterior, sino después de la que hizo Augusto en Tarraconense, Bética y Lusitana, en la que, incorporada á esta última la Vettonia, formó parte de esta provincia romana.

A medida que el tiempo avanza y la ilustración se difunde, va más y más confirmándose esta verdad y robusteciéndose con nuevos y poderosos datos que la dan cierto carácter de evidencia. Vosotros lo sabeis, y por lo mismo no debemos molestaros acumulando citas, sino exponer simplemente á vuestra

consideración el croquis geográfico de la Vettonia, el terreno que comprendía, los límites que la circunscribieron, los pueblos que la eran comarcas, los montes que la daban variedad y hermosura, los ríos que la fecundizaban, y en una palabra, los elementos que la dieron importancia.

Con estos elementos por guía, apoyados en varios documentos de competente autoridad, vamos á trazar los límites y el perímetro que ocupaba la Vettonia, según nuestra apreciación, tal y como los presentamos en las mal trazadas líneas que tenéis á la vista. Conformes con Strabon y el Padre maestro Florez, creemos que la Vettonia empezaba por Oriente, en la margen meridional del Duero, entre Simancas y Toro; creemos que bajaba por la parte oriental de Ávila al puerto de la Palomera; que de allí iba á cortar el Tajo por el puente del Arzobispo, corriéndose á Berzocana por las vertientes occidentales de las sierras de Guadalupe á Valdecaballeros, Castil-Blanco y Orellana; consideramos el Guadiana desde Orellana hasta Mérida, por Rena y Medellín su parte occidental, y la del Norte la trazamos desde Mérida, Casas de D. Antonio, Ermita de Butuá, alturas del Herminio, Marbán, entre las faldas de este monte y el Tajo, Castelo Branco, Lancia Interamniense, Villaviciosa, Idaña nova, Penamacor, Lancia Opidana, La Guarda, Pinel, Torre de Moncón, sobre el Sáber á Miranda de Douro. De modo que comprendía las provincias españolas, en parte la de Zamora, Valladolid y Segovia, por completo las de Salamanca, Ávila y Cáceres, y en pequeña porción las de Toledo y Badajoz, y en Portugal alguna porción de las de Alentejo, Beira Baja y Tras os Montes.

Como se ve, la Vettonia que dejamos descrita está entre los 38° y 8' de latitud hasta los 41 y 4; y en la longitud O. 4 á 3, 9 poco más ó ménos, siendo sus puntos cardinales por Norte el Duero, Mediodía el Guadiana, Oriente el puerto de la Palomera, entre Cebreros y las Navas, y Poniente desde Marbán á Idaña y La Guardia. Fijamos su límite Oriente en el Duero, siguiendo á Plinio, cap. 20, lib. iv, que dice: «El río Duero, de los más caudalosos de España, naciendo en los Pelendones pasa junto á Numancia, y corriendo por los arevacos y va-

ceos, *separa á los vettones de los asturianos.*» Nos precisa Julio César á señalar el límite del Mediodía en el Guadiana en el capítulo XVIII de su libro *De Bello Civile*. Hé aquí sus palabras: «A la llegada de Bibulio Rufo, enviado por Pompeyo á España, apareció que los legados de éste, Afranio Petreyo y Varron, ocupaban, el primero la España Citerior con tres legiones; defendía el segundo con dos, desde los montes Castulonenses al Guadiana; y el tercero, con otras dos, ocupaba desde este rio, el campo de los vettones y la Lusitania.»

Comentando estas palabras Celorio, dice: «El campo de los vettones desde el Guadiana, rio que termina la Bética por las partes boreal y occidental, añadiendo que los vettones son una parte de la Lusitania convergente con la España Citerior. San Paulino, en el himno III, verso 186, nos autoriza para hacer llegar hasta Mérida este límite, diciendo:

Nunc locus Emerita est tumulo
Clara colonia Vettoniæ,

y como desde la margen de Poniente empezaba la Bética, es fuera de duda que Mérida debió estar en la de Oriente, esto es, en la margen derecha de este rio, donde empieza la Vettonia según el texto de Julio César. Quien haya visitado á Mérida y á Medellín no tendrá dificultad en admitir este aserto, porque á la simple vista se comprende que el Guadiana ha debido variar su cáuce, tanto más cuando en las inundaciones del pasado año de 1877 ha estado á punto de volverlo á variar. Determinamos en el puerto de la Palomera el punto cardinal de Oriente fundados en una lápida que, según refiere Venero en su *Enquiridión*, se conservaba en este puerto, marcando los límites entre la Tarraconense y la Lusitania, y decía en el frente que miraba á Oriente:

Hic est Tarraco
Et non Lusitania,

y en la faz que miraba á Occidente,

Hic est Lusitania
Et non Tarraco.

Señalamos últimamente el punto cardinal Poniente en La Guardia, por ser el centro de la línea entre Miranda de Douro y Butuá (hoy ermita en las inmediaciones de Alburquerque).

Esta línea Poniente es la que podría ofrecernos más dificultades, por medio de la oscuridad que los siglos han extendido sobre ella, y por lo mismo vamos á exponer los fundamentos que hemos tenido presentes para fijar sus límites. En Mérida hemos puesto su base, siguiendo de allí al Ad-Sorores, que en el *Itinerario* de Antonino corresponde al campo de Santiago, término del pueblo Las Casas de D. Antonio; desde aquí, siguiendo un camino romano que marca el *Itinerario* de Antonino, la dirigimos á Butuá, junto á Alburquerque, atravesamos el Herminio por las llamadas alturas del Jarrapo, y á su falda nos hallamos con Marbán, sitio cuyas ruinas acreditan ser la antigua Medobriga, llegando hasta Idaña, que es donde estuvo Igitania, y desde aquí gira la línea por Penamacor, Villavieja (la antigua Lância), Elbocaris, La Guardia y los Pésures á Miranda de Douro, estas últimas tres localidades, pertenecientes á la provincia portuguesa de Tras os Montes, Penamacor, atravesando la sierra llamada de Monte de Venus, hoy Sierra Garduña, que es una parte de la sierra Estrella, pertenecen á la Beira baja, y lo restante hasta Alburquerque al Alentejo.

No tenemos duda que así las geografías como las historias nos presentan á Mérida, Ad-Sorores, Butuá, Medobriga é Idaña, y Lância Opidana, poblaciones vettonas, y como desde aquí sigue el trazado de la Vettonia en los mapas de Ptolomeo hasta Miranda de Douro, creemos justificado nuestro aserto, y sin embargo, no por eso hemos de dejar otras razones de no escasa importancia. Bajo la fe de San Paulino hemos colocado á Mérida en la Vettonia, y negar que esta colonia romana fué la cabeza de la Lusitania sería una temeridad. Pues ahora bien; atendida esta importancia civil y política, debemos considerar á Mérida como la metrópoli religiosa de la Lusitania. Es evidente que al extenderse el cristianismo, el arzobispado Emeritense debió ejercer jurisdicción y tener por sufragáneos los obispados de la Lusitania y de la Vettonia, y este dato lo con-

sideramos importante á nuestro objeto, y por lo mismo vamos á exponerle, teniendo por guía al erudito Padre maestro Florez, tomo XIII pág. 258 de su nunca bien ponderada *España Sagrada*

Dependían de Mérida los obispados vettones siguientes: el de Igitania, el Calabiense, que algunos colocan en Montanchez, el Aquiense, que se fija por muchos en Valdefuentes, el Cauriense, el Abulense, que hasta muy poco tiempo hace ha venido bajo esta dependencia, y el Salmanticense, que comprendió hasta mucho después de la reconquista las tierras de Zamora y Toro. Sabido es que al difundirse el cristianismo las metrópolis eclesiásticas se establecieron en las capitales de las provincias, siguiendo en esto la división civil; por esto en Mérida se fijó la metrópoli Lusitana, y como esta provincia constaba de dos regiones, habiendo enumerado los obispados de la región vettona, justo es referir los de la Lusitana. Eran éstos el Conimbrigense, Evorense, Lamecense, Olisiponense, Osunubense, Pacense y Visense; esto es, los de Coimbra, Evora, Lamego, Lisboa, Faro, Viseo y Badajoz, y ved aquí de qué manera tenemos averiguado que la línea del Guadiana, desde Mérida á Badajoz, separaba á los lusitanos de los veturios, y la línea de Mérida á Orellana á los veturios de los vettones, apareciendo claramente demostrada la verdad del texto de Julio César que asegura que Varron guarnecía con dos legiones desde el Guadiana el campo de los Vettones y la Lusitania. Texto confirmado en el comentario de Celorio.

Debemos anotar que así como nos es conocida la provincia de Cáceres por haberla estudiado y haber visto en ella la primera luz del día, así nos son desconocidas las partes de la de Zamora y las de Portugal, toda la de Salamanca y mucho de la de Ávila, declaración que hacemos para que conste que en lo que vamos á decir respecto á la de Cáceres obramos con un criterio muy próximo á la seguridad, mientras que sobre las demás provincias lo apreciamos por conjeturas. Existen, pues, en la provincia de Cáceres respetabilísimas ruinas de importantes poblaciones hasta el número de 150, reducidas hoy á pueblos de escasa importancia, aldeas y aun despoblados; y sin

embargo, en aquellas soledades se ven con frecuencia restos de una grandeza, acusadores perpétuos de la barbarie de los hombres. Estátuas, dolmens, antas, pórticos están sirviendo ó de rodillos para las eras, ó de paredes de toscas cercas, ó de refugio de los ganados, y hasta de zahurdas para los cerdos y abrigo á inmundos reptiles.

Tanta grandeza nos hace comprender la existencia de una población que en los últimos censos romanos correspondía á media fanega de tierra por cada alma, y nos llena de amargura considerar que en el siglo presente corresponden á cada persona nueve fanegas de tierra. Decrecimiento que reclama bien imperiosamente la atención de todo gobierno que quiera la prosperidad de una provincia, de suelo tan feráz y que tanto reclama el trabajo del hombre, con el cual la nación reportaría no pocas utilidades.

Los rios que llevan el fecundante tributo de sus aguas por terrenos de inmensa producción á morir sin provecho, en el mar, sus pintorescas montañas, ricas en minas, en frutales y en maderas, estériles por falta de comunicaciones, la abundancia de sus carnes y sus lanas, el aumento que reclama la agricultura, todo acusa á una generación dispuesta á morir pobre por la incuria de no explotar la riqueza con que la dotó la Providencia.

Dispensad, señores, este desahogo de un corazón que, si ha podido perderlo todo, nunca ha cesado de palpitar á impulsos del amor patrio, que ha considerado siempre como el más grande de sus deberes.

La importancia de esta región está además acreditada por los grandes caminos de que la dotaron los romanos. Destácase en primer término la *Vía lata*, que la cruzaba de Norte á Mediodía, y comprendía 230 millas, ó sean 57 $\frac{1}{2}$ leguas; sin más que considerar las montañas y rios que tuvieron que atravesar y hacer practicables, se comprende las grandes dificultades que hubo necesidad de vencer para llevar á término esta obra, cuyos restos son la admiración de propios y extraños.

Empezaba en Mérida este gran camino, y tenía su primera mansión en el baldío de Santiago, inmediato á las casas de

Don. Antonio, distando de Mérida 26 millas; de aquí, atravesando el Herminio (hoy sierra de San Pedro), girando un poco á Oriente, iba á Cáceres (Castra Cæcilia); corriendo 20 millas, sigue luego la misma dirección á distancia de otras 20 millas entre los rios Almonte y Tajo, cada uno con su puente, estaba Turmulus, que era la tercera mansión; revolvía de aquí un poco al N., y á las 22 millas á la izquierda de Galisteo estaba Rusticiana, que era la cuarta mansión; en igual dirección, y á 22 millas está Caprara, que era la quinta, sobre la cual aún se conserva un arco triunfal; á 22 millas de ésta se halla Cæcilio Vicus (el pueblo de Baños), que era la sexta mansión, donde entre muchas antigüedades hallamos uno de esos monumentos de piedra que se entienden en el país con el nombre de Cerdos. Desde aquí á la sétima mansión, que es Ad Lipos (el Endrinal), hay 12 millas, é igual distancia á la octava, que es Sentice (hoy Siete Carreras); desde ésta á la novena, que es Salmantice (Salamanca, donde también hay otro Cerdo), hay 24 millas; 21 desde aquí á la décima que es Sibariam (monte del Cubo); 21 de aquí á Ocelloduri (Zamora), que es la undécima, y desde aquí al Duero 8 millas.

Tenía este camino su mansión duodécima en las inmediaciones de Toro (Albucella, hoy Belbez), desde donde girando al Oriente por Septimancas, Cauca, Secovia, Miacum, Tultia, Arriaca, Bilbilis, llegaba á César Augusta. Aquí había dos grandes vías, la una por Gurrea llegaba á Pau, atravesando el Pirineo, mientras la otra se dirigía por Osca, Ylerda, Tarracone, Gerunda, pasando el Pirineo llega por Narbone, Sextatione Nemausium á Almonte, cerca de Sisteron.

Hemos recorrido este camino desde Mérida á Salamanca; hemos visto los restos de populosas ciudades, de magníficos puentes, algunos de éstos aún practicables; hemos admirado grandes trozos de camino desafiando aún la inclemencia de los tiempos y la desidia de los hombres, pero nada nos ha sorprendido tanto como la existencia de 50 columnas miliares borradas y 20 que aún nos dan testimonio con sus inscripciones de los nombres de Tiberio, Claudio, Nerón, Nerva, Trajano, Hadriano, Severo, Pertinax y Máximo, circunstancia

que, unida á la de hallarse en algunas millas cuatro en pié de emperadores distintos, nos hace enunciar la idea de que fueron composturas de este camino por aquellos soberanos. También creemos que, examinadas aquellas inmediaciones, acaso no sería difícil hallar las restantes.

Tiene este camino el privilegio de que su exámen en el pasado siglo por Lebrija, Sepúlveda y Esquivel diera por resultado la conformidad de la milla romana con el $\frac{1}{4}$ de legua español, así como el acueducto de Mérida nos demostró que el pié romano era igual al de Búrgos, según las investigaciones que sobre él se practicaron en la misma época.

Otro camino de menos importancia partía de Mérida, y cruzando todo el límite de Occidente de la Vettona, siguiendo la de Mediodía por Toledo, se dirigía á César Augusta. En este camino que hemos andado hasta entrar en la Carpetania no hemos visto miliarios, aunque sí sus mansiones que son la primera Regiana (hoy Rena), á 27 millas de Mérida, la segunda Aureliana 16 de la anterior, cruzando luego por los crestos de las sierras de Guadalupe, 20 millas está la tercera, Licipea, que deben ser las grandes ruinas que se hallan en los términos de Valdecaballeros, Castel Blanco y Talarrubias; á 24 millas de ésta está, la cuarta, Lenciana (Berzocana), y la quinta, pasando por las sierras de Altamira, á 12 millas de la anterior, se marca en Augustobriga (Navalvillar del Pedroso). Hasta aquí los límites de la Vettonia Oriental y del Mediodía, siguiendo éste hasta el punto de la Palomera como dejamos expuesto.

Dirigíase este camino á Toledo en un curso de 55 millas; de aquí seguían 24 á Tilultia, y desde aquí continuaba á Zaragoza por la Vía lata descrita.

Volviendo á Mérida tenemos otro camino que sigue la Vía lata 36 millas, antes de llegar á Castra Cecilia, que es como queda dicho la segunda mansión. Desde aquí, en dirección al N., por Arabia (hoy despoblado sobre el Salor), 20 millas, que es la segunda mansión; está la tercera en Norba (Dehesa de las Miras), otras 20 millas; sigue la cuarta mansión en Licitania interamiense; quinta mansión á Lancia llamada in-

vettones hay 12 millas. Esta confinaba por N. N. O. con Igedita, hoy Idaña en Portugal, que era la sexta mansión, distante de la anterior 20 millas; y últimamente, siguiendo los mismos aires y atravesando el monte de Venus, á 24 millas está la sétima, que es Lantia Oppidana, internándose luego en Portugal.

Finalmente, hallamos un cuarto camino más al N. que sale de Mérida y tiene su primera mansión á las 30 millas en Plagiaria (Dehesa de la Matanza), la segunda en Budua (Nuestra Señora de Butuá, junto á Alburquerque), á 12 millas; andando luego 13 en el Herminio está Ad septem Aras (hoy Alegrete), que es la tercera, hallándose luego á las 30 la cuarta y última de la Vettonia en Meidobriga (hoy Arameña), junto á Marbán, en las faldas orientales del Herminio, desde donde por Escalabín terminaba en Olisipo.

No ignoramos la diversidad de opiniones con que los geógrafos nos presentan el Herminio, diversidad que desaparece á nuestra vista al leer en *Hircio de Bell Alex*, cap. XLVIII, que Medobriga era un pueblo que estaba en el Herminio, y que Quinto Casio Longino había expugnado, donde claramente se ve que el Herminio estaba en la España Ulterior y á su falda Medobriga, hoy Marbán, á las vertientes de las alturas del Jarrapo, en las sierras de San Pedro, y como éstas continuían por Montanches, sierra de Santa Cruz, á enlazarse con las de Guadalupe, tenemos claramente demostrado la localidad del Herminio. Otra de las montañas que, partiendo del Guadarrama con los nombres de sierra de Gredos, Gata y Peña de Francia, dividiendo las provincias de Ávila y Salamanca de la de Cáceres, se entra en Portugal con los nombres de sierra Garduña y sierra Estrella; es también objeto de cuestión en las geografías é historias, y sin embargo, nosotros creemos que es el celebrado monte de Venus, sirviéndonos de base para esta creencia las campañas de Viriato. Este célebre guerrillero, siguiendo esta cordillera, se entraba en España, y por los montes Carpetanos, ya siguiendo los Oretanos, caía sobre Arsa, ya por las fragosidades del Herminio, venía sobre Medobriga ó por sus derivaciones sobre Evura (Liberalitas Julia), y de este modo se comprende la facilidad con que sorprendía y der-

rotaba á los ejércitos romanos, burlando su valor y esquivando sus combates en las asperezas del terreno, teniendo en sujeción y saqueando la Lusitania, la Vettonia, la Celtiberia, los carpetanos, oretanos, vetturios y la Bética.

Respecto de sus rios, sin más que extender la vista por el mapa, la vemos surcada por el Tajo en su desprendimiento de los carpetanos, por el Puente del Arzobispo hasta su entrada en Portugal por Alcántara, cerca de Marbán ó Medobriga; por tierra de los oretanos en su división de los vetturios, corre el Guadiana desde las faldas de la sierra de Orellana, desprendimiento del Herminio hasta Mérida, siguiendo después la antigua Lusitania hasta entrar por Badajoz en el actual Portugal. A la banda opuesta corre el Duero por los vaceos entrando en la Vettonia por entre Toro y Simancas á buscar Portugal junto á Miranda de Douro.

Esta sencilla y compendiosa descripción nos dice la importancia de un país que en el centro de España con un cielo despejado y sereno, con un terreno capaz de producir así los frutos del Norte como los del Mediodía, era habitado por una población tan numerosa como independiente, que aun después de sujeta al yugo romano, jamás quiso perder su nombre ni confundir su manera de vida.

No ignoramos que en este recinto se conservan unos monumentos de piedra que han dado no poco que meditar á nuestras más brillantes inteligencias; ya comprendereis que me refiero á esas esculturas toscas y groseras que han sido graduadas por unos de cerdos, como sucede en los que se hallan en las provincias de Cáceres y Ávila, por otros de toros, y por algunos de elefantes, y á decir verdad, esta es la figura con quien tienen más analogía. Pero sea de esto lo que fuere, no falta quien los considere como amojonamiento de la Vettonia y sobre esto es sobre lo que vamos á hablar.

Los hemos visto en Talavera la Vieja (Evura), de dos clases: unos, sobre pedestales de grande mole, á los cuales el pueblo llama toros; dos más pequeños como de un metro poco más de largo por cerca de una vara de altos, que el vulgo llama cerdos, y sin embargo, la figura es igual. Los hemos visto en

Torralva enteramente iguales á los pequeños de Evura, y como en esta localidad son las dos clases que se conservan en Guisando. En gran número los hemos visto en Ávila y también observamos diversidad de tamaños; los hemos visto, siguiendo de Ávila en dirección á Arévalo, en Cardenosa, y más á la derecha en Segovia, y á la izquierda sabemos que los hay en Salamanca y Ledesma; luego, volviendo á la derecha, en el pueblo de Villatoro y después en el de Baños. Por último los encontramos también en otras provincias de España. Si esto fuera el límite de la Vettonia, estaría cortado por el monte Venus, y no tendría razón Plinio al decir que el Duero separaba á los astures de los vettones, lo que no nos determinamos á proponer, y mucho menos que circunscribían la Vettonia entre estos límites y el Duero, por cuanto fuera de ellos existen y sería darla demasiada extensión y además por las razones en que hemos apoyado su límite en el Guadiana.

Sin más que ver en el mapa el sitio marcado que ocupaban estos monumentos, se comprende que otra debió ser la causa de su erección, y sobre esto vamos á proponer lo que nos ocurre. Sabemos que en Evura fueron vencidos por Fulvio los celtíberos; sabemos que junto á Torralva Atilio venció á los lusitanos, Cipion á los vettones, y que Flaminio venció en esta región al régulo Corribilón; sabemos que en las inmediaciones de Guisando, no pocas veces, los arevacos, vaceos y vettones lucharon con varia fortuna contra los romanos. Cauca, Segida (Segovia) y Salamanca sostuvieron sitios memorables y horribles devastaciones, las tierras de Ávila fueron teatro, así como el monte Venus, donde está Baños, de encarnizadas luchas entre romanos y españoles ¿Por qué estos monumentos no pudieron ser levantados para perpetuar la memoria de aquellos desastres ó de aquellos triunfos? Se opondrá á esto la grosería de la escultura, pero hasta que un pueblo se civiliza, nada tiene de particular que los primeros destellos de su cultura carezcan de arte.

También sabemos que los pueblos divinizaron los animales que les eran de utilidad ó les causaban perjuicios; á éstos por temor, á los otros por gratitud; en toda la comarca en que se

dibujan estos monumentos, abundan, así los cerdos como los jabalíes; los primeros españoles no tenían otro ejercicio que la caza y la guerra; si estos monumentos son cerdos, nada tendría de particular que divinizado este animal por los antiguos españoles, fueran un testimonio de su idolatría.

Nadie ignora la representación del egipcio Dios Apis; pues, ahora bien, si representan toros ¿por qué no suponer que eran un recuerdo de la idolatría egipcia, importada á nuestra patria por fenicios y cartagineses? Anotamos estas observaciones dejando á vuestro cuidado la elucubración de este punto de nuestra historia, permitiéndonos haceros observar el origen indio-egipcio de las idolatrias anteriores á la venida de los romanos, de que ya en otra ocasión tuvimos la honra de hablaros.

Tengo por último el deber de hacerme cargo de una opinión que al parecer va generalizándose entre los eruditos que de esta clase de estudios se ocupan. Opinión que no me explico, ni menos las pruebas en que se fundamenta, y por lo mismo ni puedo ni debo estar conforme con ella mientras datos más poderosos que los que voy á aducir no vengan á reformar la conciencia que tengo sobre este particular.

Me refiero á la opinión de los que colocan en Cáceres la antigua colonia romana de la Lusitania Norba Cæsariana. Con gusto vería las pruebas en que fundan este aserto, y con más satisfacción las analizaría por si, comparándolas con las que voy á tener el honor de presentar, se estimaban de más valer; pero en esta imposibilidad, me concreto á exponer las mias á la consideración de los estudiosos, estimulándome á esta exposición haber leído en el tomo I de las *Medallas Autónomas* del Sr. Delgado, al fol. XLVII, hablando de la falsedad de una moneda que Pelegrín, Combe y Sestini han aplicado á *Norba Cæsarea* que él dice (Cáceres). Prescindiendo de la moneda, voy á ocuparme de la geografía.

Con los Itinerarios de Antonino que van delineados en el mapa que acompaña á esta conferencia, voy á iniciar mi exposición. Varios son los caminos romanos que de puntos diferentes conducen á *Castra Julia* (Trujillo); hay rastros de ellos

entre esta ciudad y Medellín (Metillinum), Cáceres (Castræ Cæcilia), Berzocana (Lentiana) y Puente del Arzobispo (Augusto Briga), caminos que podríamos llamar de tercer orden; y los hay de segundo, como son el que de Mérida por Orellana Aureliana va á Toledo, el que por Plagiaria va á Medobriga, y al que, separándose en Ponciana va por Norba é Igitania; y hay el gran camino de (la *Vía lata*) que, cruzando la Vettonia, llega hasta Sesterón en Francia. Dejando el exámen de los demás, solo hace á mi propósito el de la *Vía lata* y el que, desprendiéndose de ella, conduce por Norba á Igitania.

Efectivamente, parte la *Vía lata* de Mérida, y á las 24 millas, nos da la primera mansión en Ad Sorores (hoy des poblado de Santiago inmediato á las casas de D. Antonio); estas 24 millas hacen juntamente las mismas 6 leguas que hoy marcamos entre esos dos puntos, y en todo su trayecto casi nunca se pierde de vista el gran camino. Es la segunda masión Castra Cæcilia (Cáceres), distante de la anterior 20 millas, ó sean 5 leguas, y en ellas casi tampoco se pierde de vista la *Vía lata*, dándonos las dos mansiones las 11 leguas ó sean las 44 millas que desde Emerita á Castra Cecilia marca el Itinerario y que expresa una columna muy deteriorada que se conserva en Cáceres, pero en la que aún se lee CAST. CAE. XLIII; de modo que en vista de tan autorizadas pruebas no parece admitir duda alguna la existencia de Cáceres donde se hallaba la antigua Castra Cæcilia, pueblo contribuyente de Norba como Castra Julia segun Plinio.

Pero aún hay más; examinando el camino de segundo orden que, desprendiéndose de la *Vía lata* en el miliario 37 tiene su segunda masión en Arabriga, y la tercera en Norba, hallamos que correspondiendo 9 leguas y $\frac{1}{4}$, al gran camino, y habiendo de éste al Salor donde se marca la segunda masión 4 leguas, y de aquí á la tercera que se designa en Norba 5, nos hallamos con 16 leguas que la Dehesa de las Minas (término de Alcántara donde estuvo Norba), dista de Mérida, haciendo imposible apreciarla en Cáceres, y debiendo desterrarse semejante opinión, tanto más cuanto que entre Brozas y Alcántara se conserva otro testimonio de irrefutable autoridad. Es ésta una

pedra monumental en donde consta que la República ó Ayuntamiento de Norba lo dedica á su querida Avita RESP. NORBENSIS CVRA ETIM PENZA. AVIT... MODERATI AVITAE. SVAE. POSVIT. Tal es la inscripción dividida en tres renglones que nos da testimonio de la existencia de Norba en aquel sitio, y no en Cáceres, perfectamente demarcado en el miliario 44 con el nombre de Castra Cæcilia.

Quedan, pues, expuestas las razones en que fundamos nuestro aserto, que es la opinión de todo el pueblo extremeño, transmitida de padres á hijos y de cuantos han escrito desde la más remota antigüedad sobre esta materia, así geógrafos como historiadores. Vengan ahora las pruebas en contrario y las apreciaremos en su valor sin prevención de ningún género.

Hemos hecho observar cuanto hemos encontrado conducente á esclarecer la idea que nos habíamos propuesto; hemos omitido, en gracia de la brevedad, hacer mérito de las derivaciones de las sierras y montañas de que hemos hablado, y que surcan la mayor parte del terreno de la Vettonia descrita, contribuyendo su accidentación á una deliciosa perspectiva; y hemos omitido hablaros de los rios de segundo y tercer orden, y de las quebradas, con que aumentan su caudal los tres grades rios, contribuyendo á fecundizar el terreno que riegan, porque entónces, como hoy, viven sus corrientes emancipadas del yugo de la ciencia con sentimiento de cuantos desean para nuestra patria el progreso de las artes, la industria, la agricultura y el comercio, y concluimos fijando vuestra atención sobre los datos que dejamos expuestos y que han sido la base de nuestras afirmaciones.

Permitidnos, antes de terminar, que manifestemos que no nos guía el espíritu de novedad, que no tenemos apego alguno á nuestra opinión, que nos impida oír, apreciar y seguir la contraria, siempre que se fundamente en razones de más valer y en autoridades de mayor peso; porque en éste como en todos nuestros trabajos no hemos tenido más objetivo que contribuir, en la esfera de nuestro limitado genio, al esclarecimiento de la verdad en provecho de la humanidad y en progreso de la ciencia, que es el fin de nuestros propósitos; fin, que si no se

llena cumplidamente, más que á la ineficacia de nuestra voluntad, deberá atribuirse á la obtusidad de nuestro limitado talento, terminando con daros gracias por la benevolencia que nos habeis dispensado, que nos impone el deber de un eterno reconocimiento.

NOTICIAS DE BULGARIA

Y

DE OTRAS REGIONES DE ORIENTE,

REMITIDAS

POR EL SEÑOR DON SATURNINO GIMENEZ.

Sr. Presidente de la SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID.

Salónica (Macedonia) 1.º de Setiembre de 1878.

Muy señor mio y de mi más distinguida consideración. Año y medio hace que me hallo viajando por el Oriente, no por placer ni por obligación, sino simplemente con objeto de estudio. Al comienzo de mi excursión recorrí la Hungría y la Transilvania, residiendo una temporada en el fondo de los Carpátos, atravesé la Polonia austriaca, llegué á la Bucovina y á la Besarabia, casi hasta las bocas del Danubio. Agregado al cuartel general del ejército ruso de Europa seguí todas las operaciones militares de la última campaña, primero como corresponsal del periódico *La Academia*, de Madrid, y luego por mi propia cuenta. Esto me dió ocasión de conocer en repetidas excursiones la Moldavia, la Valaquia y la Pequeña Valaquia, en fin, toda la región del bajo Danubio, cuyas estepas han sido muy poco visitadas por los europeos. Pasé aquel rio por el puente militar de Braila-Ghecet y dí una vuelta por la Dobrutcha; lo volví á pasar en distintas épocas, sea por Simnitza-Sistor, sea por Turnu-Magurele, sea por Petrochani.

Gracias á la dilatada permanencia del gran cuartel general ruso en la Bulgaria Septentrional, ó por mejor decir, la verdadera Bulgaria, pude estudiar á mi sabor la extensa comarca comprendida entre Nicópolis y Lovtcha, de una parte, y Rus-

chuk y Elena de otra, espacio formado por las cuencas de los rios Vid, Yantra y Lom. Convencíme de que fuera del libro del geógrafo y viajero alemán Kiepert (*La Bulgaria, el Danubio y los Balkanes*), no se ha publicado jamás nada serio sobre la Bulgaria, pues lo dado á luz en la colección de *L'Univers pittoresque*, aunque concienzudo en cuanto á historia, es bastante flaco en cuanto al resto; y el viaje de G. Lejean publicado, si mal no recuerdo, en *Le Tour du Monde*, carece de importancia y autoridad, como confeccionado que está sin anuencia del autor, en vista de notas dispersas y sumarias. Ni siquiera con un buen mapa cuenta aquel interesante país que tan gran papel ha desempeñado en los recientes acontecimientos y tan trascendental posición ocupa en Europa. El mapa de Kiepert, del cual se han servido como base los ingenieros encargados de la construcción de los ferro-carriles de Turquía europea, y el cual utilizaron asimismo los autores del Tratado de San Stéfano para la errónea delimitación (después corregida por el Congreso de Berlín) de la Nueva Bulgaria, adolece de muchas lagunas. Es el único útil en la apreciación del conjunto; pero en los detalles, insuficiente. Así, por ejemplo, la insurrección actual de los Pomacks contra la dominación ruso-búlgara, ha originado, en el centro de la cordillera del Rodopo y en el valle de Gurmudjina, el descubrimiento de territorios fértiles y pobladísimos, completamente omitidos en el mapa de Kiepert. El gran mapa del E. M. austriaco adoptado por el E. M. ruso, con preferencia al mapa de este último, no ha podido ser utilizado en los cálculos estratégicos y en los itinerarios de las marchas sin sufrir copiosas modificaciones. El Estado Mayor ruso veíase forzado á cada paso á suplir sobre el terreno las imperfecciones y los vacíos de los mapas existentes. La marcha del grueso del ejército sobre Tirnova, marcha *á lo cosaco*, según alguien la ha calificado, hecha fué á la ventura, como navegación sin derrotero. Cuando en el cuartel general de Tirnova se supo la concentración hácia Plevna de las fuerzas salidas de Vidin, ignorábase aún, no ya la importancia estratégica, mas la topografía de aquel punto; que de otra suerte, hubiérase previsto la gravedad del movimiento, y me-

ditándose mejor la imperiosa orden de ataque trasmitida al general Krudener. Hay más: ¿con qué se rigió el general Gurko, en su admirable cuanto después inútil paso de los Balkanes, por Gabrova y Schipka? Con un plano parcial trazado de conformidad con las indicaciones del príncipe Tzeretelew, quien conocía dichos lugares por haberlos visitado como individuo de la Comisión informadora de las matanzas de 1876. Los trabajos geográficos parciales llevados á cabo por el E. M. ruso, ya en los alrededores de Plevna y en todo el valle del Vid, ya en toda la región de los Balkanes, desde Troján hasta Elena, ya en Trestenick, Mechca y Pirgos y territorio vecino á las desembocaduras del Yantra y del Lom serán preciosos documentos para una futura carta de la Bulgaria. Yo, en mi humilde esfera, viajando las más de las veces con el solo auxilio de la brújula y del mapa del E. M. austriaco, he tenido que prescindir en ocasiones de éste por no ser víctima de sus patentes irregularidades. Las hojas de mi pertenencia llenas están de anotaciones y correcciones en lápiz rojo, las cuales me han sido confirmadas por la experiencia de otros que se hallaban en mi propio caso. En estos pasados tiempos, fuerza es declarararlo, rayaba casi en los límites de lo imposible reconocer á fondo el espacio limitado por los Balkanes y por el Danubio; las autoridades turcas, cuando no la ignorancia de los indígenas, ponían todo linaje de obstáculos á la realización de tal empresa; en todo se les antojaba ver agentes de mal agüero y maquinaciones siniestras; así no es de extrañar que las comisiones austro-húngaras esparcidas por el país con el fin de levantar su trazado topográfico, en pugna con mil contrariedades, obligadas á ingeniarse para arrancar los informes necesarios sin inspirar recelo, y privadas del desahogo y libertad suficientes para emplear los aparatos topográficos, incurriesen en defectos tan capitales como la falta de uniformidad en el sistema de denominación de las localidades, omisión de pueblos y adición de pueblos imaginarios, tomando por nombres propios los nombres genéricos destinados á designar en lengua búlgara un viñedo, una cabaña, un redil, etc.; cambio de localidades de una orilla de un río á otra, peligroso defecto en

un mapa de E. M.; y finalmente en una multitud de errores geodésicos. Antes de la guerra, los ingenieros europeos apenas eran conocidos allende los Balkanes. Midhat Bajá, siendo valí de Ruschuk fomentó algo las operaciones topográficas con la construcción de la carretera que une la capital del Vilayet á Tirnova; pero no creo que intervinieran en este trabajo los europeos, porque me consta, y es notorio á cuantos han visitado la Bulgaria, que la obra de fábrica más importante de la carretera, el puente de Biela sobre el Yantra, ha sido construido por un tal Stoyanco, ciudadano búlgaro, sin la menor noción geométrica, y á quien se deben, no obstante, otros trabajos, como el soberbio puente de Lovtcha sobre el Osma, distintas fuentes públicas y no pocos molinos, en algunos de los cuales ha vencido dificultades de primer orden. Antes sólo podía conocerse dicho país á riesgo de la vida; hoy está abierto á todo el mundo. La campaña turco-rusa de 1877-78 ha rasgado el misterioso velo que encubría la Bulgaria, y del cual el sabio Kiepert había levantado una ligera punta.

Volviendo al resúmen de mis viajes, me referiré á la época del paso definitivo de los Balkanes. Después de la capitulación de Plevna corrí á unirme al cuerpo de ejército del general Gurko, el cual continuaba su marcha de avance sobre Sofía. El invierno reinaba en todo su vigor. Habíamos vivido en verano bajo el tórrido sol de la Dobrutcha y de la Bulgaria, y debíamos defender nuestro cuerpo contra la voracidad de los enjambres de mosquitos engendrados por los pantanos del Danubio; tocábanos en invierno subsistir entre la nieve de las montañas, bajo la temperatura de la Siberia, y defender nuestro cuerpo contra la voracidad de los hambrientos lobos. A fines de Noviembre comencé á viajar en trineo; pude abandonar este sistema de locomoción á fines de Enero de 1878 en Sofía. Dirigiéndome en Lovtcha al camino de Sofía, crucé uno de los sitios más encantadores del Hemus, la comarca del *Isvor*, el país de los manantiales, en donde la vegetación alpestre de las colinas, el imponente contraste de los altísimos cerros cubiertos de árboles, con los valles apacibles tapizados de musgo, la rápida inesperada variación de los panoramas, las aldeas, pró-

ximas las unas de las otras y todas graciosamente situadas, la arquitectura de las casas, los manantiales y saltos de agua, el tipo característico de sus moradores, el aspecto risueño de su misma pobreza, cual si el aire y la libertad de sus montañas les halagasen más que las riquezas del mundo, me transportaron á los más bellos países del Tirol y de la Estiria. Ni el hambre, ni el frío, ni el dormir al raso sobre la nieve, ni el vadear á pié los ríos, luchando con los fragmentos de hielo lanzados por la corriente, ni los vuelcos y roturas del trineo, ni las apariciones súbitas de los lobos, ni otras penalidades nos escasearon, como puede usted suponer, en esa peregrinación á través de las escabrosidades más abruptas de la cordillera balcánica. Todo ello, sin embargo, me parece juego fútil, al compararlo con los sufrimientos que acosaron á esos valientes batallones de la guardia imperial que al mando de Gurko y de Raugh cayeron sobre Orhánie y Etropol, después de haber escalado con gruesa artillería los inaccesibles vericuetos de Pravchca, y cortaron la retirada de los turcos en Strigli. Conozco el desfiladero de Schipka, y puedo decir que si aventaja tal vez á los de Pravchca y Orhánie por su genuino nombre ¡(Araba-Konac), en facilidades para la defensa, no les gana, de seguro, en dificultades para el pasaje.

En Sofía dejé al cuerpo de ejército de Gurko, y con el pretexto de visitar el ejército serbio remontéme hasta Pirot (nombre turco, Charkeni), villa célebre por su manufactura de tapices, me corrí al valle de Isker y regresé á Sofía por Kustendil y Radomir. Pude apreciar la inmensa riqueza natural de toda esta comarca que el caudaloso Isker riega, y cuán digno de estudio es el elevado y extensísimo valle sobre el cual se asienta Sofía, la antigua capital de la Bulgaria. Reanudé más tarde mi camino por Samakow, me interné en los bajos Balkanes hasta dar con los orígenes del Maritza, el río más histórico del país búlgaro, cuyo curso seguí por Tatar Bazazjick, Filipópolis y Andrinópolis. Tomé nota de las herrerías de Samakoro, en donde además reside la única colonia protestante de la Bulgaria, las aguas termales de Branja, los magníficos bosques de Bélova (propiedad del barón de Hirsch, concesiona-

rio de los ferro-carriles de Turquía europea), y la prodigiosa fertilidad del valle de Maritza, limitado al N. por los grandes Balkanes, y al S. por los contrafuertes del Rodopo, y atravesado por ese hermoso rio cuyas aguas se deslizan sobre un lecho de canteras de mármol. En Filipópolis me fué ya posible utilizar el ferro-carril, habilitado desde luego por los rusos para el servicio militar. De Andrinópolis partí á San Stéfano con el cuartel general del Gran duque Nicolás, y al dia siguiente de la llegada á dicho pueblo entré con uno de mis colegas en Constantinopla.

Dos meses, próximamente, permanecí en la capital de la Turquía, estudiando, así su fisonomía interior, como sus alrededores. Deseoso de conocer, cuanto antes, los Dardanelos, el mar del Archipiélago y algo del Asia Menor, salí con dirección á Smyrna. Fuera de la corta temporada que permanecí en Budja — pueblecillo de recreo del interior — para descansar y recopilar mis innumerables apuntes, consagré el resto á estudiar la villa de Smyrna, y los palpitantes recuerdos históricos que por sus contornos abundan. Visité detenidamente las ruinas de Efeso y otras. Forméme una idea bastante cabal de las producciones agrícolas, comercio, arqueología, etnografía y progreso intelectual del distrito de Aidin. Difícilmente se hallaría en el mundo país más pródigo en riquezas naturales y más opulento en riquezas arqueológicas que el Asia Menor. Pero esta vastísima región no ha gozado el privilegio de atraer los afanes de los buenos geógrafos europeos, é ignórase aún la topografía de muchas de sus comarcas. La inmensa planicie que ocupa todo el centro del Asia Menor no ha sido todavía objeto de ninguna exploración. Rios como el Eufrates, el Tigris, el Kizil Irmak, el Meandro, el Caistro, el Hermus, etc., riegan territorios fertilísimos, bajo un clima vivificante; mas, abandonados á ellos mismos, salen de madre, se desbordan por el llano y dan lugar á mefíticos pantanos, focos de fiebres malignas que ahuyentan á los pobladores, mientras el suelo se corroe y se esteriliza y ofrece la monotonía del desierto. Ruinas de grandes ciudades antiguas, medio anegadas en el fango de las pútridas lagunas, se extinguen bajo la influencia

del tiempo, sin haber recibido jamás la visita de exploradores científicos; las acrópolis y los *túmuli* y los sarcófagos llegan á fusionarse con la tierra de las colinas; y sabe Dios cuántos tesoros del arte y de la historia yacen sepultados en este suelo, en el que han florecido tan brillantes generaciones. El viajero moscovita Tchihatcheff (*Geología del Asia Menor*), ha revelado al mundo las grandes riquezas minerales junto con las agrícolas, del Asia Menor; dejando á un lado el ópio, el tabaco, el algodón, la *vallonèe*, el vino, el aceite y otros muchos productos no menos caros, de los cuales se hace ya buena exportación, sólo con los cereales del valle del Tigris y orillas del golfo Pérsico habría para afrontar las desoladoras hambres de la India, y con los cereales del Mar Negro, para evitar la miseria de las poblaciones caucasicas y de la Armenia; quedando, con todo, grano de sobra para surtir el resto del país y hacer del Asia Menor uno de los graneros de la Europa. En cuanto á los tesoros arqueológicos, si no vinieran en auxilio de nuestras conjeturas los escritores antiguos, nos los han bien insinuado, entre otros, Texier, en su obra monumental sobre el Asia Menor, publicada bajo los auspicios del Instituto de Francia, y el inglés Wood, sorprendiendo á los visitantes del *British Museum* con los bajo-relieves y estatuas de Efeso, y al mundo científico con el descubrimiento del templo de Diana.

Por desgracia, la Comisión científica española enviada á Oriente en 1870 (según creo), á bordo de la fragata *Arapiles*, no alcanzó á extender sus investigaciones algo al interior de la Anatolia; razones ajenas á la buena voluntad y al celo de los individuos de la Comisión, impidieron á ésta y á la fragata *Arapiles* detenerse más de dos días en Smyrna. De donde resultó que los señores expedicionarios viéronse imposibilitados de coronar su viaje, con lo que acaso hubiera constituido el objeto más interesante de la expedición. Y no tenían necesidad de alejarse mucho de Smyrna y exponerse á riesgos, si les hubiese sido dado agregar al fruto de sus estudios una ojeada concerniente á los antiguos territorios de la Lydia y de la Focia. Sin salir de los alrededores de Smyrna, sólo en el litoral y casi siempre con el camino de hierro, podían haber explorado

el monte Sypilus, sembrado de antiquísimos vestigios; Nymphio, el ameno sitio de recreo de los conquistadores persas; Sardes, la patria de Creso y capital de la Lydia; Efeso, en cuyo anfiteatro, la voz potente de San Pablo, predicando el Evangelio, pulverizaba los ídolos del Artemision; Filadelfia, de la cual apenas queda otra cosa que el recuerdo de haber sido una de las seis iglesias del Asia; Hierápolis, con sus célebres termas, en que el agua mineral, desbordándose hoy por las antiguas pilas, crea hirvientes arroyos — con sus sepulturas intactas — con su teatro, tan bien conservado, que solamente parecen faltar en su recinto actores y espectadores; Bérghamo, etc., etc.; excursiones de más provecho, sin duda, y más afectas á la idea de la Comisión que una simple estancia de 48 horas en Smyrna, en donde no menudea ciertamente lo notable. — El Museo griego de aquella ciudad, hoy existente, ha sido organizado con posterioridad al viaje de nuestra Comisión, viaje, no del todo vano, si se quiere, pues la *Arapiles* cargó á su bordo un importante donativo de antigüedades hecho por D. W. Spiegelthal, vicecónsul de Suecia y Noruega en Smyrna y competente arqueólogo (autor de las excavaciones practicadas en el famoso *tumulus* de Sardes), quien se puso desde los primeros instantes á las órdenes de la Comisión. El mismo Sr. Spiegelthal ofreció posteriormente al Gobierno español otro donativo en el que figuraban objetos de gran precio y alta curiosidad — entre ellos la célebre inscripción que se leía sobre la muralla mandada construir por el emperador Augusto en torno del Artemision de Efeso (1) — y remitió á la

(1) Esta inscripción, en griego y en latín, se hallaba por duplicado, y el otro ejemplar se encuentra en el Museo Británico de Londres. Texto latino. « Imp. Cæsar Divi F. Augustus C. XII Trib. pl. XVIII pontifex maximus ex reditu Dianæ fanum et Augustam muro muriendum curavit C. Asinio (Gallo pro eos.) Curatore Sex. Lartidio, Leg. » — Texto griego: « Αὐτοκράτωρ Καῖσαρ Θεοῦ-νιὸς Σε βασιτος, ὕπατος, τό υβ, δμναράτωρ Καῖσαρ. Εξουσιάς τοιη ἐκ τῶν ἰσρῶνεῆς Θεῶν προσόδων του νόον και τὸ Σεβαστζῶν τικβαῖναε Προενοήδη ἦπι Γαιουκ Ασινιου Γάλλον ἀνδιπὰ του ἐπιμηλεια Σέξτον Δαρτεδιον Πρεβ-β-εντον. » (Cit. por Waddington, *Fastes des prov. Asiatiques*, pág. 94.)

Academia de Nobles Artes de San Fernando un rico álbum de fotografías, sacadas *ad hoc*, de los principales sitios históricos del Asia Menor; según me ha manifestado, por este álbum no ha recibido ni las gracias, y en cuanto al donativo en cuestión, bien que en cambio sólo solicitaba el donante una distinción honorífica, fueron tales las respuestas mediadas entre él y el Gobierno, que dichos objetos, en vez de figurar en el Museo Arqueológico de Madrid, figuran hoy día en el Museo Imperial de Berlín. No trato de zaherir á nadie con las precedentes noticias, ni pretendo lanzar acusación alguna; no conozco los hechos á fondo, para osar someterlos á mi juicio, por lo cual limitome á consignarlos.

Del distrito de Aidin me encaminé, á cortas etapas, por el litoral, hácia el N. de la Anatolia, con intención de recorrer detenidamente la Troada, y examinar, con especialidad, el teatro de las últimas excavaciones del Dr. Schliemann. Pero dos accidentes desgraciados me detuvieron en mitad de mi camino, cuando ya me hallaba próximo á las primeras estribaciones del monte Ida. El primero, la tentativa de que fui víctima, entre Ayvalí y Adramiti (distrito de Baluk Hisser), por parte de una banda de circasianos. El segundo, una fuerte caída que hube de sufrir días después en la isla de Metelin, dislocándome un brazo. Anticipé, pues, mi viaje á Salónica.— Llamábame á este punto, no sólo la importancia de los acontecimientos de la Bosnia y de la Herzegovina, por la ocupación austriaca, y de la Tesalia y del Epiro, por la cuestión turco-helena; mas también otra cuestión, móvil de mis estudios desde mi primera estancia en Rumanía y viajes á la Bulgaria, la de los judíos españoles. Salónica es la ciudad que cuenta de ellos contingente mayor; es, por decirlo así, su metrópoli. Más de 60.000 israelitas la pueblan, constituyendo la inmensa mayoría de la población. Estas gentes se titulan españolas, hablan el español del siglo xiv, adulterado con voces italianas y turcas, conservan muchas antiguas coplas castellanas y muchos de nuestros clásicos proverbios, practican algunas de nuestras remotas costumbres, publican periódicos redactados en nuestro idioma, bien que impresos en caracteres

caldeos, poseen escuelas en donde el único idioma es ese español impuro; imprimen libros hispano-judáicos, y cuentan hasta con una especie de literatura. Mi permanencia en Salónica, óbvio es advertirlo, enriquecerá el caudal de mis observaciones.

Voy á pasar á la última parte de mi relato. Generalmente hablando, en este viaje cuyo cróquis acabo de trazar, se me ha presentado ante todo ocasión de experimentar la escasa autoridad, y si me es permitido confesarlo, la poquísima importancia del nombre español en Oriente. La aureola de Lepanto parece haberse extinguido. De las pisadas de los almogávares no queda el menor rastro.—En Rumanía, por ejemplo, reina la más completa ignorancia de nuestros asuntos y condición actual, con honrosas excepciones que debo hacer en favor del Sr. Urrechia, miembro correspondiente de la Academia Española, del Sr. Cogolniceano, ministro de Negocios extranjeros, y del mismo príncipe Carlos, quien ha viajado algunos meses en España. En cuantos círculos se suscitaba, delante de mí, la conversación sobre nuestro país, aparte de la expresión siempre cordial y simpática de los rumanos hácia nosotros, exponíame á oír las mayores enormidades. Un empleado de correos de Fratesti dudaba de si España pertenecía al Austria. En Braila, un general ruso preguntóme si en España subsistía la Inquisición. ¡Y cuántos se imaginan que existen árabes en España y mezquitas abiertas al culto musulmán! A la verdad, nosotros pagamos á los moldo-valacos con la misma moneda. Menos conocemos nosotros á ellos, que ellos á nosotros, á pesar de nuestros mútuos vínculos de raza. No necesito recordar que fué un español, un hijo de Itálica, quien llevó las legiones romanas á la antigua Dacia y fundó entre el Danubio y los Carpatos, las colonias, origen de la nación después apellidada rumana. Cualesquiera que sean los grados de pureza latina de las modernas generaciones moldo-valacas, el recuerdo de Trajano se mantiene allí vivo en todos los pechos, y todos los rumanos se conceptúan descendientes de aquellos que, en época lejana, vinieron como soldados ó como colonos en pos del conquistador de la Dacia. El idioma—es un hecho evi-

dente — aunque resintiéndose de las influencias turca y eslava, tiene por genuino abolengo la lengua latina, cuyo método de declinación conserva y guarda en el fondo patente analogía con la nuestra. Sobre todo en los campos y en las aldeas, en donde el genio de raza se mantiene siempre más incólume, hay que observar hasta qué punto se ha trasmitido, de generación en generación, el espíritu de las tradiciones romanas. Un viejo camino atraviesa el Principado en dirección de O. á E. Preguntad á un pastor por tal reliquia, y os contestará: «Esta es la Vía Trajana.» Informaos de un pobre pescador del Danubio, acerca de las pilas que se observan entre Turn-Severin y la orilla sérbia, y os dirá: «Estos son los restos del puente trajano.» Inquirid de un aldeano cualquiera, sobre un derruido muro, sobre una piedra con inscripción medio borrada, sobre los vestigios de un acueducto, y os responderá: «Un muro trajano, una piedra trajana, un acueducto trajano.» La antiquísima villa de Caracal, así llamada por ser fundación coetánea del emperador Antoninus Caracalla, conócese en el país bajo el solo nombre de *Antonina*. Turn-Severin radica junto al emplazamiento de una torre del tiempo del emperador Severo, y su nombre perpetúa esa reminiscencia. ¡Y no se haga usted cruces si, pasando por alto infinidad de otros curiosísimos ejemplos, le afirmo que en muchas comarcas de la Rumanía, los labradores festejan religiosamente el martes y el viernes, pues el primero lo consagran á Marte y el segundo á Venus, y celebran en determinado día del año, una fiesta titulada el *robo de las Sabinas*, y consideran animal sagrado á la oca, en gratitud á las que salvaron el Capitolio! La fuerza de la tradición ha hecho sobrenadar las costumbres paganas en medio del influjo irresistible del Cristianismo, defendiéndolas contra la corriente avasalladora de los nuevos tiempos.

En el interior de la Turquía europea la noción que se tiene de nosotros es aún más vaga. Mi título de español dábame cierta originalidad. Se me miraba como una rareza. Presumo que la generalidad de aquellos indígenas ignoraría la existencia de España en el globo terráqueo, si no fuese por cierto bizcocho — muy en boga en el país — al cual denominan *pan*

de España, y porque al lacre se le designa con el nombre de *cera de España*. El famoso Badía (Alí-Bey), á principios de este siglo, cruzó, á su regreso á Europa, la Rumelia: desde entonces ningún otro viajero español había pasado por allí. Riffaat-Bajá, valí de Salónica, me ha recordado la amistad que entabló, en 1854, con el general Prim, en Andrinópolis. En varias aldeas de los grandes Balkanes he hallado, entre los rimeros de monedas y medallas que ornan el cuello de las aldeanas búlgaras, multitud de pesetas columnarias españolas de buena ley. No me ha sido posible averiguar la causa verdadera de semejante fenómeno.—El número de españoles residentes en Oriente es bien mínimo. En Bucarest, al principio de la campaña, la casualidad reunió á tres. Por lo demás, no reside uno solo en toda la Moldo-Valaquia. Como representación consular tenemos solamente, en Galatz, un vice-consulado honorario, desempeñado por un levantino. En Sofía vive, bajo la protección francesa, una familia española. En Constantinopla, aparte de la Legación, del Consulado y de la Comisaría de Tierra Santa, los españoles no pasan de ocho. En Smyrna llegan al número de cuatro. Tal es nuestra estadística en Oriente. Por acá, lo repito, se nos conoce mal y se nos juzga peor; mas esto, en gran parte, débese á nuestra propia falta. Nosotros hacemos también poco caso de las cosas de aquellos países. A no ser la cuestión política, que nos invita á consultar mapas y á conservar ciertos nombres propios, llegaríamos á olvidar hasta lo que se nos enseña en la escuela respecto á la posición geográfica de estas tierras. Nuestra literatura sobre el Oriente es harto exígua, y no estamos tampoco bien provistos de cartas hidrográficas para la navegación en estos difíciles mares. Los buques de guerra españoles que aquí vienen, provéense de mapas y derroteros ingleses en Malta. El comandante de la *María de Molina*, en el año último, á su salida de Smyrna, vióse obligado á pedir al comandante del buque de guerra holandés *Princesa María*, una copia del plano del Canal de Chio. A fines de Julio último, el vapor *Blasco de Garay* hizo su entrada en este puerto sin plano alguno. El que su comandante llevaba de España era

defectuoso, y uno que compró en Constantinopla era insuficiente. A consecuencia de esto, el cónsul español en esta ciudad gestiona la adquisición de un buen plano particular de este puerto, cuyo ingreso no deja de ofrecer peligro. El propio buque, dirigiéndose de Salónica á Volo, careció de plano con las indicaciones más precisas para salvar el estrecho de Skiathos, que precede al golfo de Volo, y hubo de subsanarse la falta con las inteligentes precauciones del comandante. (1)— Sin exigir para España el ascendiente y prestigio de que disfrutaban en Oriente la Francia, el Austria ó la Italia, no estimo fuera difícil abrirnos, por este lado, nuevos horizontes. Sacudiendo nuestra feroz apatía como viajeros, y fomentando, por medio de libros y de relaciones, el conocimiento íntimo de estas tierras, lograremos crearnos en ellas una notoria popularidad, la cual acarreará, por de pronto, el desarrollo de nuestro comercio en las aguas de Levante, demás de otras ventajas no menos honrosas al nombre español, y no menos provechosas á nuestros intereses. A esto habría que añadir el aumento de los consulados, instituyendo algunos honorarios en el interior, y trasformando en consulados de carrera ciertos consulados honorarios del litoral; la elección, para este servicio, de un personal perfectamente idóneo; y mucho rigor en destinar, como jóvenes de lenguas y agregados, no á paseantes en corte, sino á personas estudiosas, y capaces de sacar provecho

(1) La SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID se cree en el deber de restablecer aquí la verdad de los hechos, que sin duda por no muy exactos informes, quedan desfigurados en el artículo del Sr. Gimenez. Nuestra Dirección de Hidrografía, que ha conquistado en todas las exposiciones extranjeras un puesto envidiable, obteniendo siempre primeros premios, ha publicado más de setecientas cartas y planos de diversos puntos del globo. Las oficinas hidrográficas de Londres y de París, que son las que más trabajo producen, á pesar de haber dado á luz más de tres mil hojas la primera y muy cerca de este número la segunda, no pueden ofrecer al navegante planos de todos y de cada uno de los puertos que hay en el mundo, sino de aquellos más frecuentados por los buques de su nación: el mismo criterio ha seguido la oficina española, que en nueve grandes Atlas posee cartas generales de todos los mares, y particulares de las costas más importantes para nuestro comercio, y da todos los años unas treinta hojas entre las nuevas y correcciones de las antiguas, caminando incesantemente hácia el desideratum que expresa el Sr. Gimenez. —(Nota de la Sección de Publicaciones.)

de su permanencia oficial en el país, bien aprendiendo los idiomas orientales, bien aplicándose á otro linaje de útiles investigaciones.

Me ha impulsado á redactar estas líneas el deseo de hallar ocasión de proponer mis servicios á la Sociedad Geográfica de que es usted digno Presidente. No guiándome otra misión, al recorrer estos países, que estudiarlos, he reunido un verdadero arsenal de notas y apuntes, abarcando todas las vastísimas ramas de la ciencia geográfica, con cuyos materiales puedo componer Memorias é informes que aporten nuevos elementos á las sábias tareas de esa Sociedad. No necesito insistir sobre mi oferta: me pongo, en absoluto, á las órdenes de usted. Aspiro á que mis desvelos no se pierdan en el vacío; y si alguna compensación anhelo, es el benévolo fallo de las personas competentes, es la aquiescencia de cuantos se interesan por la cultura intelectual de mi país.

Temo, señor Presidente, haber abusado bastante de su atención. Si juzga usted estas líneas, abstracción hecha de su ligero y desaliñado estilo, dignas de comunicarlas á la Sociedad Geográfica de Madrid, sírvase trasmitir con ellas mis respetuosos saludos á todos los miembros que la componen: en caso contrario, guárdelas para sí, y perdone la importunidad de quien tiene la honra de ofrecerse de usted afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

SATURNINO GIMENEZ.

AFGHANISTAN.

Utilizando las noticias que actualmente aparecen en los periódicos ingleses, como indispensables para el conocimiento de las operaciones del ejército que se dirige á Cabul, en demanda de reparación de la herida que en mal hora infirió el Emir al orgullo nacional británico, formamos para nuestros asíduos lectores el siguiente bosquejo.

Afghanistan es una región montañosa situada al NO. de la India y NE. de Persia, extendiéndose desde 30 á 38 grados de latitud Norte, y desde 77 á 91 de longitud Este (H). Confina al N. con los territorios turcomanos del Emir de Balk y de Tokonistan y la posesión inglesa de Peshawer; al S. con el Belutkistan; al E. con el indicado territorio inglés de Peshawer y por el Pendjab, y al O. con Persia, por Jorasan y el desierto de Bahsú.

La parte NE., inmediata á la región de las fuentes del Hindu y de la estribación del Himalaya, está á unos 6.000 piés de altura sobre el nivel del mar, y la del SO., atravesada en sentido normal á este rumbo por las cadenas de montañas paralelas del interior, ramificaciones de la colosal de Hindu-Ku, que alcanza á 18.000 piés, desciende gradualmente hasta 1.600 en Seistan y los pantanos de Hamun.

El Hindu-Ku cierra la frontera septentrional, que tiene aún por detrás, de E. á O. la cadena de Kohi-Baba, separada de la precedente por el desfiladero de Bamyán, que se halla tam-

bién en la región de las nieves y está cortada por seis gargantas de difícil acceso, y después la cordillera del Ghur, que se extiende hasta el N. de Herat con el nombre Kohi-Kaitu.

Por el E. está separado Afghanistan de las posesiones británicas de la India por los montes Suleimán, que corren paralelamente de N. á S., y cuyas cumbres culminantes son: Pirghul (12.000 piés), Tulj-i-Suleimán (12.800), y Misri-Koh (10.000). Las vertientes del interior ó afghanas son rocallosas y áridas, contrastando con las opuestas, que forman el fértil y hermoso valle del Hindus.

En estos montes hay varios pasos, de los que son más señalados el de Bolán y el de Mula ó Mulo, pero hay otros nueve que utilizan los naturales para ir al distrito de Kachí á Sarawan y á Jhalawan, empleando siete dias. Los puertos de Nagó y de Bhore dan acceso directo á la ciudad de Khélat; los de Mula y de Bolán están formados por la acción de los torrentes de los mismos nombres y señalan respectivamente los límites N. y S. de esta cordillera. El primero empieza en un sitio llamado Pir-Chata, á nueve millas de la ciudad de Kohi, y á cada paso hay que cruzar el rio; tan tortuoso es su curso. La dirección general es al S., hasta Narr, donde hay tierras cultivadas. Desde aquí parte un camino de travesía que, pasando por la población de Gaz, conduce á la de Khozdar, en Belukistán, pero el paso de Mula tuerce al NE. en dirección de Khélat. En el punto culminante (5.250 piés) está el pueblo de Angira, y sólo es peligroso en los meses de Julio y Agosto, por las grandes avenidas de estos meses.

El paso de Bolán, que está á disposición de los ingleses por las guarniciones de Queta y de Dadar, empieza á cinco millas de distancia de este último puesto. Tiene sobre el de Mula la gran ventaja de no pasar de 60 millas su longitud y de conducir directamente sobre la frontera de Afghanistan. La cresta se encuentra á 5.800 piés sobre el nivel del mar, y el único obstáculo consiste en el torrente Sir-i-Bolán, durante la estación de las aguas. Antes lo defendían las tribus Manis y Khakas del Belukistán, que ahora no ofrecen resistencia.

Sir Jone Krane empleó seis dias para pasarlo con su ejército

en 1839, marcha considerada rápida, atendiendo á la impedimenta, en que entraba el tren de sitio, pero una columna ligera podría franquearlo en tres dias, teniendo la ventaja de penetrar desde luego en el interior del territorio afghan, al paso que por los pasos del N. sólo se llega á los confines.

Al N. de los montes Brahuik, 150 millas de esta cadena, está la de Soleimán, para el paso de la cual hay varios puer-
tos, pero sólo son conocidos de nombre, y tienen para los ingleses el grave inconveniente de estar á la espalda del Hindus y fuera de camino de sus dos posiciones de Atok y de Gukhur. El paso de Gomul se reconoció en la expedición que hizo el general Chamberlain en 1830 contra los Muchuds, llevando cinco mil hombres, con artillería de campaña. Salió de Tak avanzando resueltamente hasta Kot-Chingí y Pulosin, donde sostuvo con ventaja el primer encuentro; siguió hasta la capital de los montañeses, que fué ocupada tras sangriento combate en las orillas del Zam. Desde entonces dejaron los Muchuds de hacer incursiones en grande escala, pero continúan dedicándose al merodeo, confiados en sus picos inaccesibles y sabiendo muy bien que la pérdida de hombres y dinero que tuvieron los ingleses no han de incitarles á repetir los paseos militares. En la campaña actual este paso, defendido por la citada y otras tribus, es impracticable.

El de Drabuad, que empieza en Dera-Ismail-Khan y atraviesa el territorio de Chevrani, es el que tendrá probablemente mayor importancia en esta guerra, porque da acceso á un camino más ó menos practible que va de Cabul á Mukur.

Al N. del desfiladero de Daward á Bunnú está el territorio de los Vaziris, y á 25 leguas de Bunnú se halla el pueblo de Thull, á orillas del rio Jurúm. Tiene importancia por encontrarse á la entrada de otro paso que, siguiendo el rio, conduce á Cabul y á Ghizní. Por este camino iba á la capital Sir H. Lumsden, jefe de la misión inglesa, cuando fué detenido.

Hay otro camino más corto que éste, que es el que sigue el paso de Chaturgardan, al NO. de Pavivar, pero sólo es accesible en los meses de verano.

Los desfiladeros entre Pechawer y Cabul, que se conocen

con el nombre general de pasos de Khaiber, son difíciles, sobre todo el de Kurd-Cabul, donde fué completamente copada una brigada anglo-india, en la funesta retirada de 1842. Este desfiladero no tiene más anchura que 40 metros en las inmediaciones del fuerte Alí-Musdjid. En Landi-Khana empieza el descenso y se entra en el valle de Cabul.

La población de montañeses de los desfiladeros se llaman en general Khaiberianos, aunque se distinguen según las tribus, denominándose Afridís, los que habitan en un territorio que avanza hácia Peshawer, en la frontera inglesa, y están sometidos: los Chínvaris, Momunds, Bajors, Kheylys, que los ingleses pintan como feroces salvajes y que inspiran terror á los indios, desde las derrotas de la primera campaña.

Los soberanos de Afghanistan de la dinastía de los Durani, pagaban á los jefes de estas tribus 130.000 rupias anuales por el derecho de paso desde Cabul á Peshawer, cuando este territorio formaba parte de Afghanistan. Conquistado y anexionado por la Confederación de los Sikhs, Dost-Mohammed, que no perdía la esperanza de recuperarlo, rebajó, sin embargo, el pago á 20.000 rupias. Su hijo Chir-Alí lo ha suprimido por completo, alegando que nada tiene que ver con Peshawer desde que pertenece á los ingleses, y, sin embargo, ha continuado enviando regalos á los montañeses, que se consideran aliados suyos, y ocupa el fuerte de Ali-Mudsjid en señal de soberanía.

Más al O., en el territorio mismo de Cabul, hay todavía dos cordilleras entre Queta y Candahar que no son nada fáciles. El ejército inglés necesitará hacer una marcha de diez y ocho dias para franquearlas en la distancia de 150 millas, aun cuando no encuentre ninguna resistencia, para la cual es admirablemente apropiado el terreno, sobre todo en Haidarsye, Hykulsye y el paso de Kojuck, en que algunos hombres determinados pueden fácilmente retardar la marcha de los invasores. El paso de Kojuck, que atraviesa la cordillera de Asuran, está en altitud de más de 7.000 piés.

Con estos datos se comprende la dificultad de la empresa de penetrar á fuerza armada en el Afghanistan; sin embargo, si

los ingleses llegan á Candahar, toda la parte del territorio situada al S. del Hindu-Ku quedará á su merced.

De los pasos septentrionales á través del Hindu-Ku es el que más se conoce el de Bamián ó de Sighan. La altitud de éste, en el camino de Khulm y de Balck, es de 8.000 piés, la misma que el paso de Harakotal, en la entrada N. del valle de Sighan. Desde Bamian va un camino hácia el O. en dirección del rio de Balck y Siborgan, variando la altitud de sus pasos de 5 á 8.000 piés. Otro camino bastante bueno arranca del mismo Bamian y enlaza á Kilai-Sahudí, Chiborgan, Andchní y Kerkí, puesto ruso sobre el Oxus. La distancia entre los puntos extremos es de 350 millas (650 kilómetros), y de Khoja-Salih y de Kilif hay algo menos.

Al Oriente de Bamian existen los pasos siguientes, que conducen al fértil valle de Panjkir: Kuchan, Salalang, Girdchak y Khawak. Las altitudes oscilan entre 10 y 12.000 piés, y el de Girdchak, entre Kundus, Inderob y Cabul, es el más frecuentado. Al N. del de Khawak siguen los de Ichkasm y Nuksan, á 12.000 piés de elevación, que conducen desde Badakchan y Wakhan al valle de Chitral; después, siguiendo la dirección del Hindu-Ku, se encuentra el paso de Boroghil, á 12.000 piés, que abre camino para Kachgar.

La población principal de Afghanistan es Cabul, conocida en la antigüedad con los nombres de Ortopasna y de Cabula, y que después de haber sido capital del Cabalistan ó parte NE. de este país, ha llegado á serlo de todo el Afghanistan. Está á 6.000 piés sobre el nivel del mar, á la inmediación del rio del mismo nombre, en una garganta triangular encerrada entre montañas que parece que tocan al cielo, sin más cortaduras que las de los caminos de Ghasna y de Jellababad.

Dicho se está que estas montañas dominan por completo á la ciudad, no quedando más que un camino entre los escarpados y las murallas, que son de tierra. Al SE., en un promontorio, está como nido de cigüeña el fuerte de Bala Hisar, y en la pendiente de esta altura el palacio real, con jardines y un gran Bazar, separado todo de la ciudad y con recinto formado con foso y parapeto. A su vez lo domina la

ciudadela, donde un hermano de Dost-Mohámmed construyó un palacio y lo nombró Kulah-Feringhi (= sombrero europeo).

Cabul se resiente todavía de la conquista y destrucción de los ingleses en 1842. Cuenta unos 60.000 habitantes, de ellos muchos judíos y armenios, por ser etapa importante de las caravanas y centro muy activo de contratación desde tiempos remotos, siendo conocido históricamente por los famosos desfiladeros ya citados de Khaiber, ruta del comercio entre Persia y la India, y también de los grandes conquistadores como Alejandro el Grande, Tamerlan y Nadir-Xah.

Los terrenos inmediatos á la ciudad son muy fértiles; producen en abundancia cereales y legumbres por excepción en el Afghanistan, cuyo suelo rocalloso es inapto para alimentar á una gran población.

En Cabul reside Chir-Alí, emir de Afghanistan, hijo del afamado Dost-Mohámmed, que murió en 1863, habiendo sostenido largas y sangrientas guerras contra los ingleses y los persas.

La cifra aproximada de la población de Afghanistan es desconocida: hay quien la hace subir á siete millones y quien estima que no pasa de dos. La componen muchas razas distintas, si bien la más numerosa es la de los afghanes propiamente dichos.

Las costumbres y forma de gobierno son las mismas de la mayor parte de los pueblos mahometanos; y á juzgar por la pintura poco favorable de los viajeros, los hombres son malvados, rencorosos, avaros, sin fe, amigos del pillaje y del asesinato y capaces de saquear y matar á sus mismos huéspedes. En compensación hay pocos pueblos que les aventajen en el físico, siendo notablemente hermosos, altos, bien proporcionados y hábiles en todos los ejercicios corporales.

Después de los afghanes siguen en número las tribus de Tajiks, de origen persa; de Kazibals, de origen turco; de Moghuls y de Hazaras, de origen tártaro: de modo que la población de Afghanistan, más que nación es un grupo de tribus diversas, reunidas por un dominador, pero sin enlace moral

entre ellas, que es la razón de que las discordias y luchas intestinas constituyan el principal elemento de la historia del país.

Los ingleses penetraron en Afghanistan el año 1829, llevando un ejército de 10.000 hombres, para cuyo servicio de convoyes se emplearon 80.000 más. Ocuparon todo el país y echaron al emir Dost-Mohammed; pero en el invierno de 1841 se alzó la población contra los invasores; asesinó á las autoridades civiles y militares, y estando cerrados los puertos é interrumpidas las comunicaciones con la India por el rigor del invierno, tuvo el ejército que evacuar á Cabul y que emprender la retirada de que antes se habla. El desastre fué de los más grandes que registra la historia contemporánea: las tribus caían sobre el ejército al paso de sus montañas, y fueron degollando hasta 26.000 hombres, mujeres y niños. Sólo algunos oficiales escaparon de tan espantosa carnicería.

En 1842 volvieron á penetrar los ingleses, saqueando é incendiando los pueblos en venganza, después de la cual firmaron un tratado con Dost-Mohammed y establecieron una misión diplomática en Cabul.

Dost-Mohammed murió en 1863, según va dicho, sucediéndole en el trono Chir-Alí, que obtuvo de los ingleses armas y dinero para asegurar su dominación, pero se negaron á renovar el tratado de alianza que habían tenido con su padre, y este proceder hirió su amor propio, y explica en cierto modo la actitud que ha dado origen á la guerra actual.

VIAJE A LA CAPITAL

DEL

IMPERIO DE MARRUECOS

DE UNA COMISIÓN ESPAÑOLA,

EL AÑO 1800.

El Excmo. Sr. D. Manuel Fernández de Castro ha encontrado en la Biblioteca del Monasterio del Escorial, en un códice que lleva la signatura S, 109-2-24, la siguiente relación inédita, que ocupa desde el folio 231 al 236 inclusive. En estos momentos, en que la SOCIEDAD GEOGRÁFICA publica los viajes de D. Joaquín Gatell, es doblemente interesante esta reseña, para investigar las variaciones ocurridas en los mismos lugares en el trascurso aproximado de un siglo. La narración, después del lema *Loado sea Dios*, escrito en caracteres arábigos, dice así:

NOTICIA DEL ITINERARIO DESDE TANGER

HASTA LA CORTE DE MEQUINEZ (1).

Habiéndose servido el rey católico acceder á la solicitud de Muley Solimán, emperador de Marruecos, de mandarle un físico de los más acreditados de España, con motivo de asistir á su persona y demás familia real en las críticas circunstan-

(1) Gatell opina que debe escribirse *Mequinés*, porque se aproxima más á la pronunciación de los indígenas, pero el uso admitido en España es conforme con las escrituras del manuscrito. El *Bulletin de la Société de Géographie de Paris* ha publicado en el número de Setiembre de 1878 la relación de un viaje á Fez y Mequinez, por el médico de marina M. Decugis.

cias de la peste que en el año de 1799 despobló casi una tercera parte de los habitantes de sus dominios, pasó á esta honrosa comisión, de orden del rey, el facultativo D. José Antonio Coll, trayendo en su compañía para preparar las medicinas, y como farmacéutico, á D. Francisco Padró, los dos naturales del principado de Cataluña. Vienen asimismo en su compañía, D. Joaquín González Bautista Watuon, de intérprete, hijo de padres italianos, y él nacido en Málaga, y un monje jerónimo profeso del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, comisionado por S. M. católica para el estudio de la lengua del país (1).

Dicho facultativo traía consigo una muy buena y escogida colección de remedios, y todos á propósito para precaver, curar y extinguir la epidemia ó contagio, etc., que la humanidad de nuestro soberano mandaba de regalo al de Marruecos, etc., etc., etc.

Salimos, pues, de Tánger para Mequinez el día 7 del mes de Abril de 1800, lunes de la Semana Santa, á las once de la mañana, y campamos en sitio que los naturales llaman *Ain Dalia*, que en nuestra lengua vale lo mismo que la fuente de la Parra.

Llegamos á dicho lugar como á las cinco de la tarde; los naturales cuentan tres leguas de Tánger á *Ain Dalia*.

Día 8.—Salimos de *Ain Dalia* como entre seis y siete de la mañana. Sin novedad cruzamos el bosque que llaman *Gaba*: los más de los árboles que produce son alcornoques, que llaman *Delesa*. A su caída hácia el Mediodía se halla el vado del río que llaman *Moxrra Ahaxar*, río que se hace más ó menos caudaloso, según el flujo ó reflujo del Océano, el que va á desaguar á la parte del Poniente.

Pasado el vado se entra en una hermosa y extendida vega, que se hace intransitable en tiempo de grandes lluvias; la tierra es muy gredosa: caminamos entre Mediodía y Poniente hasta entrar en la provincia de *Algaravia*. Todo lo que andu-

(1) Autor probablemente de esta relación.

vimos por ella es tierra feráz, argilosa; la variedad de montecillos y colinas, con el contraste de las altas montañas del Rif hacen una deleitosa perspectiva; hallamos gran copia de ganado vacuno, poco lanar y cabrío, poca siembra, ya por faltar gentes para el cultivo de la tierra, con motivo de la mortandad que ocasionó la peste del año pasado, y ya por las muchas y continuas aguas de este año. Preguntamos varias veces de la peste, y nos aseguraban no haber nada en el día.

Cerca de las cuatro llegamos á campar entre los lindes que separan la provincia de la *Algaravia* y la de *Amán*. Aquélla de la jurisdicción de Tánger, y ésta á la de Farachez.

Día 9.—Salimos de la provincia de *Amán*, cruzamos el bosque de Larache, y entramos en esta ciudad entre dos y tres de la tarde. Quedamos en dicha ciudad lo restante del día; el día siguiente, Jueves Santo, visitamos al Bachá, y nos hizo el obsequio de tomar el thé con él, nos ofreció su favor y más que necesitásemos, etc. En este día cayó enfermo uno de los arrieros de Tetuán; nos dió algún cuidado en el principio, en atención á las circunstancias del contagio. Luego que se supo esta novedad, D. Josef mandó se le diese la medicina conveniente; se mejoró algún tanto, y sigue su camino, aunque de algún cuidado.

Día 10.—Quedamos en Larache, con motivo del día y de hacer algunas provisiones: éstas las pagó D. Josef Manella, en cuya casa nos hospedamos, obsequiándonos según tiene de costumbre.

Día 11.—Salimos de Larache, y campamos cerca de un santuario que llaman *Leila Maïmona*, pasamos las hermosas y ensanchadas dilatadas campiñas del Algarbe, tierras felices, pero sin cultivo. En ellas viven las kabilas llamadas *Jolat* y *Telig*: habitan por lo común en tiendas que los naturales llaman *Xaimas*, cubiertas de una clase de tela ó tejido de lana basta, palmico y pelos de cabra. Éstos, como los beréberes, se mudan de un sitio á otro, según la copia de yerba y aguas que necesitan para sus ganados, que consisten en vacuno, que es en mayor copia, lanar, cabrío y camellos. Otros viven

en una especie de chozas que llaman *Nuguella* ó *Nogüela*: alzan sobre la tierra con poco ó ningún cimiento lo alto de una vara de fábrica de barro y canto, y sobre esto cruzan ciertos palos, los entretexen con cañas, y después la cubren y techan con heno y ramaje: los que viven en estas chozas no se mudan de sitio, cultivan la tierra y crían ganados.

Día 12.—Salimos de la *Mimuna* (1) y campamos á la ribera del rio *Sebú*. Este rio es uno de los más caudalosos del Algarbe, y en la parte que hicimos alto lo es mucho más por haber desaguado en él y traer las aguas del *Guanga*, otro rio del Garbe (2) de algún caudal.

Cruzamos gran parte de las llanuras de *Azagan*, en que viven los de las kabilas llamadas *Sefiani* y *Beni Malik*.

Preguntamos del contagio, y nos aseguraron no haber nada en el día.

Día 13.—Vadeamos el *Sebú*, y campamos en la llanura de *Azagan* y entre los árabes llamados *Beni Jasén* (3) que lindan con los berebéres. El sitio en que campamos se llama por los naturales *Xaguafa*. No se halla agua en estas llanuras sino las que lleva el rio, y en el estío los que viajan necesitan llevar consigo el agua para no perecer de la sed. Estos naturales habitan en *xaimas*, cultivan la tierra y crían ganados, en especial el vacuno. Su color es moreno, efecto del gran calor que sufren en las estaciones de primavera y estío.

No encontramos novedad en orden al contagio. Preguntamos del precio del trigo, y nos dijeron que el almud valía seis blanquillos: el almud corresponde al celemín de Castilla, aunque de mayor cabidad, de suerte que cuatro de dichos almudes hacen casi una fanega y quartilla de Castilla.

Cuando montamos para partir, vimos que bajaba rio abajo un cadáver, al cual sacamos á tierra en la lancha, y le dimos sepultura.

(1) Antes dice *Maimona*.

(2) Antes *Algarbe*.

(3) *Bien Hasem*.

Día 14.—Salimos de *Jaguafa* (1), caminamos entre Oriente y Mediodía hasta los montes que terminan las llanuras de *Azagan*. Campamos en un valle que forman dichos montes, cerca de una fuente que llaman los naturales *Ain el Asis*.

Entre estas montañas que llaman *Himém* viven los... (2) gente feróz y dada al robo y pillaje. En el año pasado de 1799 el rey reinante Muley Solimán hizo en ellos un ejemplar para escarmentarlas y castigar sus delitos. Después que segaron sus mieses é hicieron la recolección de sus frutos, dió orden para que los principales de esta kabila se juntasen en un lugar, disimulando tener que hablarles y tratar con ellos. Se juntaron en el sitio determinado hasta 1.500 personas, que todas perecieron al filo de la espada (3). Así es que en el día *Himém* se halla casi despoblado, y sólo veíamos cual y cual Aduar.

Viven en *xaimas*, crían ganado, mudan de sitio, procurando, como está dicho, aguas nuevas y pastos para sus ganados. Tienen un idioma distinto del arábigo, su color es moreno oscuro, visten un jaique, con que cubren sus carnes, no llevan nada en la cabeza, son robustos, de buena talla, membrudos y endurecidos, en manera que parece no hacerles impresión ni el frío ni el calor excesivo; cuando nosotros no podíamos resistirle, á pesar de los sombrajes que hacíamos, ellos, sin resguardo alguno, iban en pós de su ganado cantando su libertad, y otros corrían por montes y llanuras en briosos caballos.

Día 15.—Salimos de *Ain el Asis*, montamos los montes... (4) de donde se da vista á la hermosa y feraz campiña en que está situada la ciudad de Mequinez: pasamos cerca de un santuario muy celebrado y de gran respeto y veneración para los moros, llamado *Muley Edris*. A la sazón salía el emperador de él, y caminaba para otro llamado *Sidi Casem*, distante uno de otro

(1) Antes *Xaguafa*.

(2) Está en claro en el original.

(3) Según Gatell, es sistema frecuentemente empleado por los Sultanes, desde que se ensayó con los abencerrajes de Granada.

(4) En blanco en el original.

como unas tres leguas, poco más ó menos. Iba el rey acompañado de sus ministros, los guardias y mucha tropa, todos á caballo, y en mucho número, pasamos distantes como un cuarto de legua, y nos hubiéramos encontrado con S. M. si como pensábamos hubiéramos tomado el camino de *Sidi Casem*; pero impidió esto los malos pasos y los muchos barrizales del camino por aquella parte.

El rey, que tenía noticia de que estábamos en camino y que nos esperaba de un día para otro con la noticia que se dió á S. M. de nuestra llegada á *Ain el Asis*, nos mandó que siguiésemos directamente y sin detenernos á la ciudad. Nos mandó un moro de los principales de la ciudad para acompañarnos y encaminarnos á las casas de *Cortalis*, que estaban destinadas para nuestro alojamiento.

En efecto, poco más de las cinco de la tarde de dicho día entramos en la ciudad sin haber tenido novedad particular en el camino.

El día 19 de dicho mes fuimos á palacio, llevando en cuatro mulas los cajones de medicinas, las que quedaron en palacio. El rey llamó al facultativo Coll y al intérprete, las dos únicas personas que vieron al soberano en aquella audiencia. Se mostró muy fino, muy humano y agradecido al obsequio que nuestro monarca le hacía en esta comisión. Pasaron en esta visita y conferencia algunas cosas harto extrañas de las personas reales, y bastantes significantes de su pasión dominante, la voluptuosidad (1), y con esto se despidió S. M.

Seguimos en Mequinez hasta el día 10 de Mayo del mismo año en que S. M. mandó al médico y demás de su comitiva que pasase á Fez (2) con orden de asistir y estar al cuidado de un hijo suyo y de su hermano Muley Absalem, en tanto que S. M. volvía de la expedición de *Tedla*, una de sus provincias, que se había sublevado.

(1) El narrador pone á renglón seguido algunas de las preguntas que hizo el emperador al médico; pero son de tal naturaleza, que ha parecido conveniente suprimirlas.

(2) Atiéndase á lo dicho en la nota primera.

Salimos, pues, de Mequinez en dicho día, y llegamos á Fez al día siguiente al medio día; hicimos el viaje con bastante comodidad; venía acompañándonos de órden del rey el gobernador de Fez.

Distaba la una ciudad de la otra como unas doce leguas. El camino llano, á excepción de algunas bajadas y pequeñas cuestas para buscar algunos ríos, los que cruzábamos por puentes, obra de Muley Ismael, visabuelo del rey reinante. Al primer río y puente le llaman *Puente Nuevo*.

Por todo el camino hallamos gran copia de aguas dulces, cristalinas, varios arroyuelos que serpenteando entre la verdura de los prados hacían una vista deleitosa. Continuamos hasta entrar en un hermoso valle de donde se descubre Fez el antiguo. Por este valle corren las aguas sobrantes de la ciudad. Esta está situada sobre una pequeña colina entre dos montañas que tiene á su lado por la parte de Norte y Mediodía. Al Poniente tiene su vista al valle dicho, y por la parte de Oriente se descubren una gran cordillera de montañas que se elevan y humillan con una hermosísima proporción y hacen una agradable vista.—V. á Cartas.

Llegamos fatigados del calor y nos aposentaron en un jardín del gobernador en donde la frescura del sitio, los árboles, las flores, la copia de naranjas, la abundancia de las aguas, todo convida á una vida sensible, muelle y voluptuosa.

Aquí termina la relación; pero el mismo Sr. Fernández de Castro halló en la dicha Biblioteca del Escorial, Códice S, 109, 2, 25, fol. 1, otra que por el estilo parece ser de la misma mano y continuación de la anterior. Es como sigue:

NOTICIAS HISTÓRICAS DE FEZ.

RIO DE FEZ.—Su origen le tiene de muy abundantes fuentes y manantiales en número de más de sesenta de la parte de

Mediodía y Poniente, distantes de la ciudad como unas diez millas. Estas aguas se recogen en una madre y cauce común, que formando varias lagunas en la llanura, llegan hasta la ciudad. El río al entrar en ella se parte y divide en dos ramos principales, de los cuales se forman infinidad de cauces pequeños y acequias que llevan el agua á los molinos, huertas, jardines, á las casas, plazas y calles con tanta abundancia, que hasta en sus mismas habitaciones tienen fuentes para sus menesteres y sagrados lavatorios.

Esto hace que así dentro como fuera de la ciudad todo esté vestido de árboles y verdura, y no hay parte á que se mire en que no se vea serpentear y culebrear infinitos arroyuelos entre la verde yerba. Sus jardines abundan de naranjos, limoneros, cidras y otros árboles frutales: la variedad de flores llenan el aire de su aroma. Es verdad que ignoran el arte de cultivarlos; pero la bondad del clima, la feracidad del suelo y la copia de las aguas suplen la industria, y se admira y enajena lo que puede la sencillez y fecundidad de la naturaleza. Por esto creo dijo uno de sus poetas que Fez era la más hermosa de las ciudades de... (1), y cantó de ella así:

O Fez, tú las robastes
 A las otras ciudades su hermosura
 Y sus habitaciones.
 O quantos dellos lograron su ventura.
 Al entrar en tu suelo
 El río te reparte su agua pura,
 Y no hay calle, ni plaza, ni aposento
 A que no van sus aguas con largura.

Atribuyen á las aguas de este río varias virtudes, entre las cuales una es bastante singular, y es que bebida en ayunas excita la incontinencia y promueve el apetito sensual (2),

(1) En blanco en el original.

(2) La explicación de esta virtud es un tanto más extensa en el original.

y la de lavar y blanquear las ropas sin necesidad de jabon.

Pescan y sacan de este rio una concha margaritifera que llaman *sadaf*, dentro de la cual se hallan unos granos de un color y oriente muy semejante al de las perlas finas. Cada grano suele venderse por un ducado poco más ó menos.

Pescan en él también mucha clase de peces, como son albures, etc.

Después de haber regado con sus aguas las huertas y jardines de la ciudad, va á desaguar en el Sebú, como á dos millas de Fez.

SALINAS DE PIEDRA.—Una de las cosas notables de esta ciudad y que la hacen superior á las demás ciudades de estos dominios, son sus salinas ó montes de sal. Éstos son ocho.

Empiezan por el sitio que llaman el Pozo de *Chatafi* y acaban cerca del rio *Seguin*. Son muchas y varias las clases de esta sal y de muchos y varios colores.

La ciudad abunda mucho de ella, y se venden diez *saas* por un *Derham* poco más ó menos, según que es la mayor ó menor abundancia que traen á la ciudad. Y aun antiguamente este género estaba tan barato, que se vendía la carga por un *Derham*, y á veces no había quien la comprase: tanta y tal era su abundancia.

Es todavía más admirable ver que estos montes los cultivan y siembran; y siendo la sal la que esteriliza la tierra, sin embargo se ven vestidos de verdura.

MONTE DE BENI-JAZAYA.—Dista de la ciudad como unas treinta millas. De este monte cortan y traen el alerce que produce en gran copia.

SEBÚ.—En este monte tiene su origen el rio Sebú; nace de un manantial que parece una gruta, y corre al Oriente á Fez y distante de ella como dos millas.

SU PESCA.—En él pescan los de la ciudad albures y otras especies de peces que llevan á Fez en cargas frescas y recientes. Este rio contribuye mucho para la amenidad, copia y gusto de los naturales.

BAÑOS.—Al Poniente de la ciudad y á distancia de cuatro

millas están los baños calientes que llaman de *Vaulan* y los que llaman de *Ali Gacub* (1), que son los más famosos y de más nombre.

(1) Murga, que visitó estos baños, y los describe en el diario inédito de su último viaje, dice se llaman de *Muley Jaeb*, que no es otro que nuestro famoso Almanzor.

EL DOCTOR A. PETERMANN.

NECROLOGÍA LEIDA EN LA SESIÓN DEL 15 DE OCTUBRE

POR EL SOCIO

DON OTTO NEUSSEL.

El telégrafo y los periódicos nos han comunicado la triste noticia, que el 25 de Setiembre de este año murió el Ilmo. Señor Doctor D. Augusto Petermann en Gotha.

La ciencia geográfica universal ha perdido con la muerte de Petermann una eminencia del siglo presente, y de interés debe ser el dar á conocer los principales monumentos del glorioso difunto.

Augusto Petermann nació el 18 de Abril de 1822 en Bleicheroda (Alemania del Norte); recibió su primera educación en la Escuela real de Nordhausen, y como se conoció su talento para dibujos geográficos, lo enviaba su padre el año 1839 á la Escuela geográfica de Potsdam, que estaba bajo la dirección de H. Berghaus hasta 1844; de allí pasó dos años ocupado en Edimburgo con la traducción al inglés del Atlas físico de Berghaus; más tarde, el año 1847, le fueron encargadas por el Ateneo de Londres las reseñas oficiales de las expediciones al África Central de Richardson, Barth y Overweg, y fundó en Charing Cross (Londres) un instituto geográfico-litográfico, pero con poco éxito, y ésta fué la causa de aceptar la proposición de Bernardo Perthes, jefe de la casa Justus Perthes, en Gotha, para renovar el Atlas de Stieler; estableció en 1854 las Mittheilungen, que en los primeros años prometieron poco para la casa editorial, pero la continuación de esta obra se

hizo necesaria para recibir las noticias originales de todas partes del mundo que eran indispensables para la rectificación del Atlas de Stieler.—El 27 de Octubre de 1857 murió Bernardo Perthes, dejando su viuda y un niño de menor edad, y entonces se confió y puso en manos de Petermann, Besser y Müller la dirección de la importante casa Justus Perthes.

Petermann se había ocupado mucho de los viajes que de Inglaterra se hacían al Polo Norte y sus discursos en la *Royal Geographical Society* lo hicieron conocido de las personas influyentes de Inglaterra, tanto, que dicha Sociedad le concedió en el año 1859 la gran medalla de oro, en reconocimiento de sus trabajos sobre el interior del África. En 1869 hizo Petermann un viaje á Inglaterra, donde fué invitado por la Reina Victoria como su huésped por algunos días en el palacio de Balmoral (Escocia).

La renovación del Atlas de Stieler se debe en su mayor parte á Petermann, y como sabía grabar lo mismo en piedra litográfica que en acero, emprendió la conclusión de estos trabajos, que se llevaron á efecto bajo su dirección con un esmero sin igual. Púedese calcular en más de mil mapas originales los que Petermann ha publicado en sus *Mittheilungen*, y que el ilustre difunto ha dejado como herencia á la ciencia geográfica. Harto conocidos son los 23 grandes tomos y 49 cuadernos sobresalientes que los contienen y cuyo valor es inestimable para todos los geógrafos.

He permanecido como grabador desde 1857 hasta 1862 en la casa de C. Hellfarth en Gotha, y en dichos años he ejecutado la mayor parte de las *Mittheilungen*, bajo las órdenes de Petermann: hoy tengo la honra, en prueba de mi gratitud, de dar público testimonio de la infatigable laboriosidad del inolvidable difunto.

OTTO NEUSSEL.

Autor del *Atlas Geográfico Universal*.

(Edit. Astort herm.)

EXTRACTO

DE LAS

ACTAS DE LAS SESIONES

CELEBRADAS POR LA SOCIEDAD Y POR LA JUNTA DIRECTIVA.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 8 de Octubre de 1878.

Presidencia del Sr. Saavedra.

Abierta la sesión á las nueve y veinte minutos de la noche, con asistencia de los Sres. Fernández-Duro, Campuzano, Fernández de Castro, Abella, Rosell, Mac-Pherson, Rodríguez-Arroquia, Valle, Zaragoza, García Martín, Rodríguez, Alvarez-Nuñez, Ferreiro, Domec, Villaamil y Pedrayo, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Procedióse al despacho ordinario y se dió cuenta de las cartas y publicaciones últimamente recibidas.

A propuesta del Sr. Presidente, la Junta acordó proceder, en la primera reunión ordinaria, á la votación del Sr. Coello para el cargo de Presidente honorario de la Sociedad. También fué objeto de acuerdo leer en la citada reunión la carta del Sr. D. Saturnino Giménez, sobre la Bulgaria.

Se trató después de los medios de activar la venta de nuestras publicaciones, comisionando á los Sres. Rosell y Domec para que informen sobre el particular, con la mayor urgencia posible.

El Sr. Domec dió cuenta del estado de fondos de la Sociedad, y se levantó la sesión á las diez y cuarto.

Reunión ordinaria de la Sociedad, celebrada el 15 de Octubre de 1878.

Presidencia del Sr. Marqués de Rubalcava.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se participó que habían ingresado en la Sociedad, durante el período de vacaciones, los Sres. D. Emilio Godínez, Capitán de Estado mayor del Ejército, residente en *Madrid*; D. Pedro de Novo, Teniente de Navío, en el *Ferrol*; D. Adolfo Reynoso, Teniente de Navío, en *Barcelona*; D. Manuel Iradier, viajero, en *Vitoria*, y D. Emilio Olloqui, Gobernador civil de *Cáceres*. Fueron admitidos como Socios los Sres. D. Francisco Codera, Catedrático y Académico electo de la Historia, residente en *Madrid*; D. Ricardo García y Tamayo, Médico mayor de la Armada, en *Barcelona*; D. Ramon Mata, Comisario de Guerra, en *Málaga*, y don Rafael Velaz de Medrano, propietario, en *Tudela*. Dióse cuenta de haber dejado de pertenecer á la Sociedad, los Sres. D. Manuel Gonzalez y Gonzalez y D. Rafael Clavijo, y del fallecimiento del Sr. D. Lino Peñuelas, cuya noticia declaró la Reunión haber oído con sentimiento.

Se pasó á discutir la proposición tomada en consideración en 24 de Mayo de este año, relativa á modificar el Reglamento en su artículo 24, cuya lectura pidió el Sr. García Martín. Leído dicho artículo, apoyó el Sr. Fernández-Duro la proposición citada, recordando los numerosos y especiales servicios prestados á la Sociedad por el Sr. Coello, y fijándose en la conveniencia de significar al último Presidente el aprecio y estimación de los Socios, para lo cual era necesario modificar el artículo en cuestión.

En sentir del Sr. García Martín, debía procederse á otorgar al señor Coello la distinción de que hablaba el Sr. Fernández-Duro; pero sin introducir variación alguna en el art. 24, por no contar la Sociedad tres años de existencia. Usaron brevemente de la palabra los Sres. Rodríguez, Moya y Saavedra, y habiendo perfecto acuerdo en cuanto al fondo de la cuestión, se leyó la proposición referente á conceder al señor Coello, por sus especiales servicios á la Sociedad, el título de Presidente honorario de la misma. Apoyada esta proposición por el Sr. Fernández-Duro, fué aprobada por aclamación, y en su consecuencia declarado Presidente honorario de la Sociedad Geográfica el Excmo. señor D. Francisco Coello, quedando subsistente el art. 24 del Reglamento.

Acto seguido, leyó el Sr. Valle la comunicación de D. Saturnino Giménez, sobre la Bulgaria. El Sr. Presidente manifestó, en nombre de la Sociedad, la satisfacción con que ésta había oído la lectura del anterior documento, para cuyo autor pidió el Sr. Morales y Ramírez un voto de gracias, que fué acordado por unanimidad, y hecho extensivo al señor Valle.

Leído por el Sr. Neussel un artículo necrológico sobre el Dr. Petermann, la Reunión, por medio del Sr. Presidente, declaró haber escuchado con interés y sentimiento la lectura del referido artículo, otorgando igualmente un voto de gracias al Sr. Neussel.

Se acordó la publicación de ambos documentos en el BOLETÍN, y con tal motivo manifestó el Sr. Salas la conveniencia de que á la carta del Sr. Giménez acompañase una nota relativa á los trabajos del Depósito Hidrográfico. Abundando en las propias ideas, pidió el Sr. Campuzano se confiase al Sr. Salas el encargo de redactar la nota mencionada. La Reunión accedió á los deseos del Sr. Campuzano, y se levantó la sesión á las diez y media de la noche.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 22 de Octubre de 1878.

Presidencia del Sr. Fernández-Guerra.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, con asistencia de los señores Saavedra, Nava, Fernández-Duro, Fernández de Castro, Abella, Rosell, Mac-Pherson, Rodríguez-Arroquia, Botella, Valle, Vilanova, Conde de Peña-Ramiro, Baranda, Fernández de Losada, Alvarez Nuñez, Ferreiro, Domec, Villaamil y Pedrayo, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se dió cuenta del despacho ordinario, y enterada la Junta de las comunicaciones del Sr. Pécoul, en solicitud de algunos datos relativos á nuestra Sociedad, y ofreciendo una colección de los acuerdos del Congreso de Geografía comercial, celebrado recientemente en París, así como el discurso pronunciado con motivo de la representación que la Sociedad le confiara, se acordó que, sin perjuicio de enviarle un ejemplar completo del BOLETÍN donde constaban los datos reclamados, se le expresase la gratitud de la Junta por sus especiales servicios.

En virtud de la comisión que por acuerdo anterior se había confiado

á los Sres. Rosell y Domec, manifestó el primero que se proponía indicar un medio eficaz para dar salida á nuestras publicaciones.

El Sr. Fernández-Duro dió cuenta de los trabajos de su Sección y de estar preparados tres números del BOLETÍN, pudiéndose repartir desde luégo los correspondientes á Julio y Agosto. Asimismo el Sr. Domec manifestó á la Junta el estado económico de la Sociedad.

A propuesta del Sr. Saavedra, se acordó encargar al Sr. Villaamil de la redacción de la Memoria que debía leerse en la General que se celebrará el 40 de Noviembre próximo.

Después de lo cual se levantó la sesión.

